

Un Eduardo más

Miguel Signes Mengual

Sepa el lector que la obra que se dispone a leer no es ninguna adaptación ni reelaboración de la de Christopher Marlowe, sino una, enteramente diferente en su concepción y desarrollo, construida con la imaginación -en cierto modo stoppardiana, recordando el *Rosencrantz y Guildenstern han muerto*- de quien esto escribe, que se sirvió de manera respetuosa pero no fiel de los mismos hechos históricos que el autor inglés nacido en Coventry para dar una particular visión sobre el uso del poder.

Miguel Signes Mengual.

Esta versión está editada por la universidad de valencia en 2003 (ISBN 84-370-5428-1.) con una introducción de Jaime Siles, y tiene un *curriculum* del autor al final.

PERSONAJES

EDUARDO SEGUNDO, *rey de Inglaterra.*

SOLDADO 1, *Stephen Barr.*

SOLDADO 2.

GAVESTON.

OBISPO DE WINCHESTER.

OBISPO DE LINCOLN.

ACTOR-TRAMOYISTA.

OBISPO DE LICHFIELD.

CARCELERO.

ISABEL DE VALOIS, *esposa del rey Eduardo.*

DONCELLA.

ARISTÓTELES.

JOVEN EDUARDO, *hijo del rey Eduardo segundo.*

PRECEPTOR del JOVEN EDUARDO.

MORTIMER.

VIEJO PRIMERO.

VIEJO SEGUNDO.

Un mismo actor, y así se indica a lo largo del texto, podrá representar varios personajes. Como única decoración, una tarima rectangular elevada tan sólo 25 centímetros con distintos orificios en los que puedan insertarse varillas de tres o cuatro centímetros que sugieran los distintos espacios escénicos de la acción teatral. Por detrás de la tarima un ciclorama de tela negra semitransparente que no llega a cubrir toda la abertura del escenario.

Escena I

Las varillas se disponen como las rejas de una celda, donde el SEGUNDO EDUARDO, rey de Inglaterra y prisionero de su esposa ISABEL, reconstruye su vida pasada con la sola ayuda de su desvariada mente.

En escena el SOLDADO 1, con lanza y magnetófono colgado del cuello, vigila al rey EDUARDO que comienza recordando la llegada a Londres de GAVESTON y de su acompañante desde el destierro.

Las palabras de EDUARDO imitando tanto a GAVESTON como a su acompañante, no son otra cosa que la exteriorización escénica de sus pensamientos, es decir la representación en la mente del personaje de las que se pudieron dar en la realidad, en su intento por conocer el origen y la causa de sus males presentes.

EDUARDO.- (Viste ropas suntuosas, pero ajadas. Simulando la voz de GAVESTON.) ¿Quiénes son esos dos que nos siguen?

SOLDADO 1.- (El SOLDADO se limita a poner en funcionamiento el magnetófono mientras observa sin comprender por qué EDUARDO actuando como acompañante cambia de lugar en escena cada vez que se reproducen sus palabras. La voz grabada es la de EDUARDO) Cuando antes nos los cruzamos sus caras me resultaron familiares.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) ¿Los has reconocido?

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) Me pareció... **(Duda un instante.)** Sí, los vi. Uno de ellos hablaba en el barco con el portador de la carta de Eduardo. Sus ropas me parecieron entonces otras.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) Se diría que esos pobres diablos son soldados de poca fortuna a juzgar por sus andrajos.

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) Tomemos precauciones, no vaya a suceder que su aspecto exterior sea fingido.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) ¿Qué pueden hacerme a mí, el protegido del Rey Eduardo?

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) Algo en el ambiente parece no serte favorable y me dice que no seréis bien recibido, señor. Desconfía.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) Temores y habladurías que no se cumplirán.

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) La atmósfera de la Corte puede ser irrespirable para nosotros si las mentiras toman cuerpo y son tus enemigos de antaño los que se encargan de levantarlas entre ti y Eduardo.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) La dulce carta de reclamo de Eduardo me envuelve como escudo protector y sus parloteos cortesanos nada podrán contra las palabras del Rey: «Ven amigo amado y comparte el Reino conmigo. Mi padre el Rey Eduardo primero que te desterró, ha muerto». El Rey me espera, ¿qué mejor garantía de que nada humano ocurrirá sin mi voluntad y la suya? ¿Piensas que es más eficaz una cota de malla?

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) ¿A qué viene pues que quieras regresar a la corte sin ser notado?

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) Desde Francia lo veía de otro modo. La visión de Londres me ha devuelto la confianza. Esta cabeza que tantas veces reposó sobre el pecho real vuelve a tener su arrogancia natural, y maquina cómo devolver golpe por golpe el daño recibido, pues ahora sé que nunca olvidaré estos años de destierro.

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) Más razones para actuar con cautela y ser prudentes.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) Espera. ¿Los ves todavía? No oigo sus pasos.

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) No se mueven si no nos movemos.

EDUARDO.- (Como GAVESTON.) Afrontemos la situación. Diles que yo, Peers de Gaveston, caballero gascón, pregunto lo que quieren de nosotros. Diles que Peers de Gaveston regresa de Francia para ser servido por su majestad el Rey Eduardo segundo, y quiere saber quiénes son los que vienen tras sus pasos.

(Se aleja del SOLDADO, que desconecta el magnetófono.)

EDUARDO.- (Recupera su realidad presente, momento en que por primera vez el soldado oye sus palabras.) No... No... Quizá no... Quizá Gaveston no se atrevió a expresarse de tal modo, ni formuló deseo alguno de venganza a su acompañante.

SOLDADO 1.- (Hasta que se indique lo contrario será el propio SOLDADO el que habla.) ¿Qué? ¿De qué venganza habláis? ¿Estáis bien, señor? (EDUARDO no le contesta e insiste.) ¿Qué me decíais? (Se acerca al rey pero al no obtener respuesta vuelve a su anterior posición y sigue observándole con curiosidad.)

EDUARDO.- (Que de la reconstrucción del posible diálogo de GAVESTON con su acompañante ha pasado a la reflexión en voz alta sobre las cualidades de su amigo.) Regresaba a mi lado... Entonces creí que para siempre, y otros pensamientos debieron de cruzar por su mente. Gaveston me contó un hecho que le ocurrió al desembarcar y que interpretó como un presagio: unos soldados les siguieron para ofrecerle sus servicios y él los rechazó. (El SOLDADO 1 se muestra cada vez más interesado.) No eran, dijo, los hombres que iba a necesitar en el futuro. Buscaba para mí, poetas, músicos, cómicos acróbatas... y no hombres de armas siempre ociosos y problemáticos, siempre peligrosos para un amo desarmado como él. Tampoco quiso enemistarse con ellos. Les prometió estudiar su oferta. ¿Pensé yo entonces que era la suya una astucia calculada de antemano? Imposible que yo me plantease tal cosa porque le quería, y cuando se quiere no se ven en la persona amada... ¿Era realmente un defecto ser precavido y no precipitarse a tomar resoluciones? Él me aseguró que no temía a nada ni a nadie. ¿Por qué unos desconocidos le infundieron...? ¿Acaso admiraba yo su inteligencia práctica y fría? ¿Era otro el que regresaba o siempre vi en él el Gaveston que yo quise que fuera para mí y no el que realmente fue? ¿Es lógico que busque en otros explicaciones que debo buscar en mí? ¿Era el Rey Eduardo segundo! ¡Soy el rey Eduardo! ¿Qué regla... qué norma transgrede la inclinación del Rey por... mostrar mi preferencia por Gaveston primero y después por...?

SOLDADO 1.- Señor, os conviene descansar, mantenéis la cabeza demasiado ocupada en cosas que es mejor desechar.

EDUARDO.- (Después de observarle unos instantes en silencio le da la espalda.) Si esas amables palabras no estuvieran apoyadas en la lanza que sujetas con tus manos, me confortarían.

SOLDADO 1.- En mi caso no debéis dejaros llevar por el aspecto. Debo preocuparme por que no os inflijáis castigos físicos.

EDUARDO.- Dime qué haces aquí si no es custodiarme a la fuerza.

SOLDADO 1.- Para poder vivir tuve que aceptar como lógico que los deseos de otros, a los que no les llegan mis más íntimos pensamientos, sean el motor y la causa de mis acciones, pero no de mis sentimientos. Por eso puedo manifestaros que lamento vuestro estado.

EDUARDO.- Ten cuidado, es peligroso para ti no pensar igual que tus señores. Yo mismo podría descubrirte... si no tuviera la certeza de la trampa que me tiendes.

SOLDADO 1.- (Rápido.) No podríais aunque quisierais ni disponer de vuestro cuerpo. **(Ofendido, adopta una actitud distante.)**

EDUARDO.- Dices bien, desgraciadamente.

(Entra el SOLDADO 2 vestido exactamente como el 1 y maquillado para parecer su copia exacta, pero sin lanza ni magnetófono. Este personaje solamente existe en escena por y para EDUARDO, pues es su mente desvariada la que le da realidad escénica, ya que se trata de la visión que tiene EDUARDO del SOLDADO 1. Nunca por lo tanto estarán juntos los dos soldados, ignorando cada uno la existencia del otro.)

Pero mi situación cambiará.

SOLDADO 2.- (Acercándose a EDUARDO, le tutea. Las intervenciones de este personaje son las que EDUARDO cree oír y no las que en realidad realiza el SOLDADO 1.) No te quejes por lo perdido y olvida tantos y tantos desgraciados acontecimientos. Puedes convertir este castillo de Killingworth en la Corte decidiendo que estás aquí por tu voluntad y no por coacción ni por necesidad. Para ello basta un simple gesto tuyo.

EDUARDO.- (Aproximando su rostro al del SOLDADO 2, que toma por el 1.) Aléjate para que pueda verte. **(Tras un corto examen.)** Eres el mismo de antes, no cabe duda. Antes... por un momento me parecieron tus palabras las de otro, y no las de un soldado de guardia. No has sabido ocultar más tiempo tu astucia

SOLDADO 2.- Tú en cambio no.

SOLDADO 1.- (Que ha oído a EDUARDO.) Mis palabras no encierran doblez ni designio extraño alguno.

EDUARDO.- ¿Son mi oído y mi vista cansada los que fallan? Oigo una cosa y mi cabeza entiende otra.

SOLDADO 2.- Préstame atención porque será la última vez que se te formule amistosamente: ¿Renunciarás a la Corona de Inglaterra?

SOLDADO 1.- Me preocupa vuestra persona y el triste estado en que os encontráis. La desconfianza es a veces...

EDUARDO.- (Al SOLDADO 1.) ¿Cómo podría ser de otra manera mi pensamiento hallándome en esta situación? ¿En mi lugar, creerías tú en mi franqueza si la manifestase?

SOLDADO 1.- En vuestro estado la desconfianza es un lujo superfluo; vuestra situación no puede sino empeorar. Peor: no puede empeorar.

EDUARDO.- Estás equivocado. Todavía soy el Rey, y mientras viva nadie me quitará el gozo de empuñar el cetro ni el orgullo real de mi corazón.

SOLDADO 2.- ¿Qué clase de Rey eres que dejas que tus carnes se pudran entre estas paredes?

EDUARDO.- (Al SOLDADO 1.) Tu manera de hablar me hace pensar que no reconoces en mí a Eduardo de Inglaterra.

SOLDADO 2.- ¡Qué Eduardo ni qué Eduardo!

SOLDADO 1.- No hizo falta que me dijeran quién erais.

SOLDADO 2.- Tu corona ceñida, si es que la tienes, bien poca cosa es. Rey de nombre. El poder está en otras manos.

EDUARDO.- Prisionero en la Torre aún puedo...

SOLDADO 1.- Señor, no es eso algo que me competa.

EDUARDO.- ¿Lo sabes? ¿O es que lo niegas...? ¡No podría ser más sincero!

SOLDADO 1.- Creéis ser lo que no sois, poco importa entonces la sinceridad.

EDUARDO.- ¿Por qué dudo de mí? Tus palabras sonaban antes de modo diferente en mis oídos.

SOLDADO 2.- Señor, te estoy...

EDUARDO.- ¿Quién eres en realidad?

SOLDADO 2.- Señor, te estoy diciendo que debes decidir si renuncias ante el Parlamento, y te empeñas en querer hablar de sinceridad. ¿Por qué no dejas tranquilos tus pensamientos.

EDUARDO.- (Contesta al SOLDADO 2 dirigiéndose al 1.) ¿En qué si no ocupar el tiempo? Un minuto se llena con facilidad, y dos, y una hora... con una insignificancia. Pero veinticuatro horas no. ¿Qué hacer durante veinticuatro horas? Pensar. Pensar durante veinticuatro horas, una tras otra y otra más. (Cambiando.) Sea cual sea tu misión no voy a aventar con mi aliento los juramentos de obediencia hechos a mi persona.

SOLDADO 1.- En vuestros desvaríos me proponéis que os crea Eduardo de Inglaterra sin... con vuestro aspecto.

EDUARDO.- Mi rostro no ha cambiado. ¿O ha cambiado?

SOLDADO 1.- Tendría que tener presente vuestro semblante del pasado, y es la primera vez que os veo. Un Rey no está siempre al alcance de un soldado.

SOLDADO 2.- Malgastas el tiempo que corre inexorable en tu contra.

EDUARDO.- Eres incapaz de ver lo que tienes ante tus narices porque así te lo han ordenado.

SOLDADO 1.- Ante mis ojos hay alguien que sufre.

EDUARDO.- No basta.

SOLDADO 1.- ¿Tengo que ver en vos al Rey Eduardo?

EDUARDO.- Te llamaron: «Eh, tú, es tu turno de guardia. No hables con el prisionero, no te acerques a él, no creas nada de lo que te diga. Es astuto y peligroso y jamás ha mantenido su palabra desde que la locura se ha adueñado de su mente». Y te pusiste en marcha con tu lanza.

SOLDADO 2.- Sí, y añadieron: «Te va en ello la cabeza».

SOLDADO 1.- ¿Cómo lo sabéis?

EDUARDO.- No eres el primero que comparte estas paredes conmigo. También hubo quien no me dirigió una sola palabra ni quiso aceptar mis regalos. Al menos tuviste la nobleza de abrirme tus sentimientos.

SOLDADO 2.- ¿En qué quedamos? No te reconozco pero me comporto contigo con nobleza. No veo en ti al Rey y te pido que abduques.

SOLDADO 1.- Puedo jurar sin temor alguno a equivocarme, que no tenéis aspecto de ser el que esperan los Parlamentarios en Londres. Allí esperan a un rey por lo que he oído.

EDUARDO.- Te estás descubriendo como agente de la infiel Isabel. Tu habilidosa forma de reconducir mis razonamientos hacia planteamientos que no quiero hacer te denuncia. **(En un aparte.)** ¿Es que soy libre para elegir entre ir o no ir a Londres? ¿Es libre un prisionero?

SOLDADO 2.- Conmigo se acaba toda posibilidad de tratarte como hasta ahora. Por eso no comprendo que quieras seguir siendo lo que ya no eres.

SOLDADO 1.- Bien a la vista está que las desdichas del cuerpo afectaron ya a vuestra mente cuando me acusáis.

EDUARDO.- No conseguirá Isabel sus propósitos. Nadie arrancará de mi cabeza la corona de los Plantagenet, ni mi lengua se moverá para renunciar a mi sagrado poder.

SOLDADO 1.- No estáis obligado a hablar a este soldado. Soldado, que no agente, sin otra misión que la que salta a la vista.

SOLDADO 2.- Vendrá una delegación del Parlamento para comunicarte los términos de tu abdicación en cuanto les haya manifestado mi fracaso. No cuentas con apoyo alguno, no hay esperanza para ti. ¿Me has oído? No me mires de ese modo.

EDUARDO.- (Alejándose.) Los mismos que me obligasteis en mi coronación a jurar que me sometería a las leyes que la comunidad del reino aprobase en el Parlamento, queréis ahora levantar un acta de acusación contra mí por haberme enfrentado a vuestros intereses. Jamás me arrebatáis mis propiedades ni mis rentas.

SOLDADO 1.- Es como si el tiempo se hubiera detenido veinte años atrás.

EDUARDO.- Ojalá soldado, todo estuviera parado... todo lo que existe sobre la tierra se parase y se pudiera desandar para empezar de nuevo con la experiencia de lo vivido.

SOLDADO 1.- Ojalá que todo lo ocurrido estos últimos años no hubiera ocurrido. No existirían tantos espíritus doblegados por el hambre, la miseria y el miedo a la muerte

SOLDADO 2.- Ganas de hablar por hablar.

EDUARDO.- (Para el que sólo hay un SOLDADO en escena.) No te expresas como los de tu condición.

SOLDADO 1.- ¿A cuántos conocisteis realmente? Digo soldados, no a los que hacen de la guerra, sin hacerla, su profesión y su provecho.

EDUARDO.- Nunca sentí deseos de conocerlos, y más cuando despreciaba a esos nobles altivos siempre dispuestos a confiar en la fuerza que no en la palabra y en la razón.

SOLDADO 1.- ¿Creáis eso o lo pensáis ahora?

EDUARDO.- ¿Cómo saberlo en la confusión en que me veo? **(Tras una pausa.)** Me divertían en las paradas y en los torneos. Imaginaba que...

SOLDADO 2.- Por ser como ellos y despreciarlos te ves en la situación en que estás.

EDUARDO.- (Que no se interrumpió.) ...sus defectos tenían que ser en vosotros, soldados dispuestos a imitar a los nobles para suplantarlos a la primera oportunidad, ridícula deformación. **(Cambiando.)** El error fue confiar en que todos aceptaban que el ejercicio del poder real era misión divina... «Como los emperadores romanos», decía el llorado Gaveston, y que no se atreverían a desafiar mi voluntad. Y el clero, que me consagró con el óleo santo, fue el primero en pasar la cuenta.

SOLDADO 1.- Las gentes de Iglesia son insaciables, y podemos dar gracias a que no se interesan por las cosas de este mundo.

EDUARDO.- Ciertamente no eres lo que tu exterior pregona.

SOLDADO 1.- Se puede hablar en favor o en contra de un soldado sin tener idea alguna del oficio de militar.

EDUARDO.- Desde los días que pasé junto a mi amigo amado no había oído expresarse a nadie con tal sensatez. Pero él estaba obligado por la cuna y tú no.

SOLDADO 1.- Exageráis mis modestas cualidades.

SOLDADO 2.- Lamento señor que no quieras reconocer tu estado.

EDUARDO.- ¿Ante los que asesinaron a Gaveston en Blackelaw? ¿Quieres que yo, Eduardo...? (**Cambiando bruscamente.**) Por un momento olvidé mis dolores y desgracias presentes entre los recuerdos, pero tus últimas palabras me han hecho volver a la realidad.

SOLDADO 2.- Siempre Gaveston como principio y final de cuanto te conmueve e interesa.

SOLDADO 1.- Renuncio a comprenderos, señor.

EDUARDO.- (Para sí.) ¿Está la locura tan al alcance de mi mano?

SOLDADO 2.- Abandono. Vendrán otros a convencerte con peores mañas.

(**Comienza a salir de escena el SOLDADO 2 sin que EDUARDO o el SOLDADO 1 le presten la menor atención. Es en realidad EDUARDO el que prescinde del SOLDADO 2 a medida que le concede mayor atención al SOLDADO 1 y comienza a no tergiversar sus palabras.**)

EDUARDO.- Todos, carceleros, nobles, caballeros, soldados, menestrales... todos me parecéis siempre tener el mismo aspecto; es como si fuerais siempre una misma persona con el mismo rostro la que buscase mi perdición. Todos con el mismo propósito, en unos declarado, en otros oculto, y... No puede ser. El fallo está en mí. Hasta mis amigos vienen a mis ojos con las mismas facciones, las tuyas, soldado.

SOLDADO 1.- Me limito a cumplir las órdenes que recibo.

EDUARDO.- ¿Será ese el proceso que nos lleva a las personas a querer estar cada vez más solos con el poder? ¿O es que la vejez es el camino hacia la soledad y a fuerza de sufrirla no puedo recordar mas cara que la tuya? ¿Con quién estoy hablando?

SOLDADO 1.- Me llamo Stephen Barr. Y me han ordenado que no os pierda de vista.

(**El SOLDADO 2 sale finalmente de escena.**)

EDUARDO.- No protesto por ello; no podría hacerlo ya que me está vedado saber si te excedes en tu deber o si

es tu misión sonsacarme. Pero aún así, no me queda entereza suficiente para evitar confesarte mi esperanza en que...

SOLDADO 1.- (Rápido.) No habléis si no queréis, señor.

EDUARDO.- Es que esa esperanza... si no la expreso, si no la saco fuera y la cuento, es como... es que dentro de mí es como si no existiese. Confío todavía en la habilidad de mis amigos y partidarios para sacarme de aquí. No sería la primera vez en la historia que algo así ocurre y en peores circunstancias; Hugo Spenser hijo sabrá encontrar el modo de escapar él, y de ayudarme después.

SOLDADO 1.- Me encuentro obligado a deciros... **(Se interrumpe.)**

EDUARDO.- (Creendo adivinar lo que iba a decir.) Que Hugo, el sucesor de Gaveston en mi afecto, es hombre de vida corrompida y criminal al que todos odian; que de Chambelán se llenó de orgullo y presunción y que jamás se arriesgará por mí. ¿Es eso lo que querías decirme? **(Tras una corta pausa.)** Olvidas tú y todos los que...

SOLDADO 1.- No, no era eso. **(Guarda silencio.)**

EDUARDO.- (intentando averiguarlo.) ¿Que hablo de este modo porque necesito ganarme tu afecto?

SOLDADO 1.- No, tampoco. No voy a protestar de que busquéis calor humano en los únicos que estamos con vos, aunque seamos vuestros carceleros. **(Ante la mirada de EDUARDO por fin se decide.)** Seré más franco que delicado y oportuno, puesto que no sé si tendré otra ocasión mejor para deciros que Hugo Spenser fue decapitado, después de ahorcado, y su cabeza, por la que la Reina Isabel ofrecía 2000 libras, fue llevada a Londres por orden de Mortimer. Sus tripas arrancadas y quemadas, y su cuerpo descuartizado enviado a las cuatro partes del reino para ser expuesto al escarnio.

EDUARDO.- ¡Maldito mil veces seas, sangriento Mortimer!

(Se tapa el rostro con las manos y tras una larga pausa se queja del incumplimiento de los acuerdos con sus captores.)

En el monasterio de Neith, donde jamás debí refugiarme, ofrecí mi vida por la de mis amigos.

SOLDADO 1.- Nadie comprende todavía por qué los galeses os acogieron en ese monasterio cuando huyáis de las tropas de Isabel y Mortimer, para después traicionaros delatándoos.

EDUARDO.- Las personas somos cada vez menos fieles a los principios. ¿Qué otra explicación encontrar? Una buena suma de dinero es siempre una buena razón.

SOLDADO 1.- Quizá piensan darle un rumbo diferente a la Corona, en manos ya de Isabel, para acabar con tantas guerras fratricidas. Y perdonadme por hablaros de esta manera.

EDUARDO.- Tonterías. Ningún soberano acabará con las guerras: las necesita para que el poder no se le escape de las manos y renunciar con ello a toda pompa y esplendor. **(Tras una pausa.)** ¿Y Robert de Baldock? ¿Qué destino le ha encontrado esa mente fría y ambiciosa de Mortimer?

SOLDADO 1.- No lo sé.

EDUARDO.- Temo lo peor. Ruego a los cielos...

(Se interrumpe. De nuevo las voces interiores de EDUARDO grabadas en el magnetófono, que el SOLDADO 1 pone en marcha, se interponen en la conversación.)

VOZ EDUARDO EN...- Un Rey no rogaría, castigaría el mal que Isabel y Mortimer han hecho,

EDUARDO.- Pero ¿qué son los reyes sin soldados? Soy... tú mismo lo decías: Rey de nombre, un Rey... una palabra escrita sobre el papel.

SOLDADO 1.- No sacáis nada con lamentaros.

EDUARDO.- (Recuperado.) Si hubieras sido alguna vez Rey, no podrías sino compadecerte de mi estado, y tu corazón estaría trastornado por el sentimiento de mi dolor.

SOLDADO 1.- No me hubiera venido mal algo de poder para no tener que confesaros ahora mi falta de experiencia. Sin embargo reconozco que los desgraciados sólo sentimos como propias las desgracias de los que son como nosotros y nos alegramos de la caída de los poderosos.

EDUARDO.- Os alegráis por ignorancia, porque ¿quién es aquel que gobierna y manda que no vive o no muere hecho un desdichado?

SOLDADO 1.- Si no podéis esperar ninguna ayuda de vuestros partidarios y sois tan desgraciado como decís, ¿por qué no queréis entonces que otro ciña la corona inglesa? ¿Acaso es que teméis que vuestro hijo sea también desdichado?

EDUARDO.- Cuando se es lo que yo soy... ya no se puede ser otra cosa. ¿Has visto alguna vez un rey que sea... ¿Qué te podría decir?

SOLDADO 1.- ¿Destronado?

EDUARDO.- No. Déjalo.

VOZ EDUARDO EN...- Negar la realidad es darle alas de trapo a lo ilusorio. No es menos real que sigo siendo...

SOLDADO 1.- No queréis la verdad.

EDUARDO.- Sé que me falta la tierra debajo de los pies, no hace falta recordármelo. (**Observa con desconfianza al SOLDADO.**) Me parece que te voy cogiendo. Primero dices no saber quién soy...

SOLDADO 1.- ¿Dije eso?

EDUARDO.- (**Sin interrumpirse.**) ...y sin embargo me tratas... (**Cambiando de idea.**) Ese, no sé si aparente o real a pesar tuyo, trato bondadoso que me permite hablarte como Eduardo ¿no será que...? (**Se detiene enredado en sus propios razonamientos.**)

SOLDADO 1.- ¿Qué? (**Viendo que no le contesta.**) Era y es lógico que os trate humanamente hasta que rinda la guardia, al menos en lo que de mí dependa.

EDUARDO.- Si alguna vez hubo un tiempo en que los humanos no tuvieron necesidad de fingir y sus caras no escondían engaño, jamás de él tuve noticia. Tu conducta es equívoca.

SOLDADO 1.- Comprendo. (**Se retira unos pasos.**)

EDUARDO.- ¿Qué haces? ¿Por qué te retiras?

SOLDADO 1.- Desconfiáis de este soldado y me parece bien, yo en vuestro lugar también vería con recelo al carcelero.

EDUARDO.- Espera, no te separes de mí.

SOLDADO 1.- Alejaos y no habléis conmigo. Mis órdenes son estrictas, tanto, que acallarán desde ahora mi conciencia. (EDUARDO **intenta replicarle.**) ¡Callaos!

(EDUARDO se deja caer al suelo.)

¡Levantaos! Tenéis que estar siempre de pie. No me obliguéis a emplear la violencia.

EDUARDO.- (Se levanta.) Pretenden doblegar de esta manera mi resistencia para que reniegue de mis actos y revoque todos mis decretos y mandatos.

SOLDADO 1.- No me habléis, señor. Soy vuestro guardián.

EDUARDO.- ¡Necesito comunicarme! El silencio y la soledad me aterran. No consigo ordenar mis pensamientos y solo más allá de unos pocos minutos. Después las ideas no fluyen a su ritmo natural, dan saltos bruscos, y, de una, paso a recordar hechos sin conexión entre sí ni con ella. Tengo a veces la sensación de estar analizando correctamente un hecho pasado, aunque lo que haga sea en el fondo pura descripción, y de repente mi mente se llena contra mi voluntad con otro hecho del presente más acuciante. No tengo sosiego para ordenar las cosas; no sé lo que quiero pensar. Hay gentes capaces de meditar sobre lo que les preocupa, que se abstraen de todo y de todos. Otros como yo, tienen necesidad de hablarlo, de contárselo a alguien... aunque no nos comprenda.

VOZ EDUARDO EN...- Más que al dolor físico temo al desvarío y a no poder librarme de esta opresión interna...

EDUARDO.- Debo reconocer que el valor no es una de mis cualidades.

SOLDADO 1.- Cuando iba a empezar mi primer turno de guardia... (Advierte que acaba de abandonar su decisión de mantenerse al margen como carcelero, hace un gesto de resignación, y continúa hablando.) Me dijeron que no estabais cuerdo, y llegué después a creer viéndoos que ese era el motivo de vuestra mirada extraviada y de vuestra incoherente manera de hablar.

EDUARDO.- Todavía no es verdad, pero acabará siéndolo.

SOLDADO 1.- No será fácil. Empiezo a conoceros, y no será fácil. (DESDE FUERA DE ESCENA LLEGAN

RUIDOS DE PASOS Y DE VOCES.) Tengo que salir, es el momento de dar cuenta de vuestro estado.

EDUARDO.- ¿Qué vas a decirles? ¿Les dirás que...?

SOLDADO 1.- Les diré lo que esperan oír. (**Tras una pausa.**) Os advierto que el relevo es persona de pocas luces y no debéis confiaros a él.

EDUARDO.- ¿Volverás?

SOLDADO 1.- No lo sé.

EDUARDO.- Esperaré tu regreso intentando una vez más reconstruir en mi mente mi vida pasada intentando averiguar qué me aguarda, pues no hay futuro sin pasado.

SOLDADO 1.- Lo único que cuenta es el presente.

EDUARDO.- (**Sin ser del todo consciente incorpora la observación en sus razonamientos.**) Quizá tenga que buscarlo... (**Reacciona a medias.**) Empezaré mucho antes. Antes de que Gaveston fuera desterrado, cuando éramos dos jóvenes y no tenía sobre mi cabeza la corona inglesa. Para saber qué he podido... dónde están las causas profundas de este lastimoso estado de cosas. Sí, ¿por qué no me di cuenta antes?

(**Recupera plenamente el sentido de la realidad y le pregunta al SOLDADO cuando éste ya está saliendo de escena y no le puede contestar.**)

¿Qué me has dicho? (**Resignándose a la ausencia del guardián, queda pensativo.**)

Escena II

Mientras EDUARDO sigue pensativo, los TRAMOYISTAS construyen rápidamente un sencillo dosel, con la ayuda de varillas y telas, para el sillón del trono que introduce en escena el SOLDADO 1, que en esta ocasión no lleva ni lanza ni magnetófono. EDUARDO se sienta en el trono y el Soldado se coloca detrás de él. Las ropas de EDUARDO dan ahora la sensación de ser nuevas y suntuosas por medio de un foco de luz que produce también un cambio en la iluminación de la escena.

GAVESTON.- (Entrando.) A tu padre el Rey no le gustaría verte sentado en esa silla.

EDUARDO.- A mi padre, amado Gaveston, no le gustan muchas cosas mías. Te has retrasado.

GAVESTON.- (Señala al SOLDADO, que actúa en la escena como rapsoda.) Fui a buscarlo.

SOLDADO 1.- Lo siento. **(Coge un laúd que puede estar escondido detrás de la tarima.)** Entendí que debía venir aquí.

EDUARDO.- (Al SOLDADO.) Veamos de una vez lo bueno que eres actuando.

SOLDADO 1.- Sentiría defraudaros si os han hablado excesivamente bien de mí.

EDUARDO.- No lo hagas pues, y no me disgustes.

SOLDADO 1.- Es mejor que no esperen nada de uno, porque así hasta lo poco agrada. **(Templa el laúd y recita el texto de la Biblia previamente ensayado.)** *A la vuelta de un año por la época en que los reyes suelen salir a campaña...*

EDUARDO.- (Interrumpiendo.) No eres malo, pero dime: ¿Qué época es ésa? No me gusta que se reciten los textos sin entenderlos. **(Por el gesto del SOLDADO.)** Tampoco yo sabía que los reyes antes tuvieran épocas mejores para guerrear.

GAVESTON.- Por favor Edy, no le interrumpas.

EDUARDO.- Que venga el obispo Langton y que nos lo explique. O mejor, vamos a preguntárselo. ¿Quién si no un obispo entenderá mejor las cosas de la Biblia?

GAVESTON.- Dejémoslo tranquilo con sus cuentas, sus impuestos y sus rentas.

EDUARDO.- (Captando la ironía de GAVESTON.) Mi padre repite continuamente que sin el obispo Langton en la Tesorería no se habría recuperado de sus campañas en Gales.

GAVESTON.- Le habrían salido menos caras sin ese codicioso, y estaría ahora en Escocia en mejores condiciones.

SOLDADO 1.- ¿Puedo continuar?

GAVESTON.- (A EDUARDO.) ¿Puede continuar?

EDUARDO.- ¿Quién se lo impide? (Al SOLDADO rapsoda.) Adelante. Era Peers el que hablaba.

SOLDADO 1.- (Actuando.) *A la vuelta de un año, por la época en que los reyes suelen salir a campaña, David envió a Joab con sus servidores y todo Israel a devastar a los ammonitas y sitiar Rabbá. Más David se quedó en Jerusalem. (Se interrumpe.)*

EDUARDO.- (Tras una pausa.) ¿Qué pasa ahora, por qué callas? ¡Ah, me tocaba intervenir a mí! ¿Qué tengo que hacer?

SOLDADO 1.- Su alteza tenía que estar acostado, tal como habíamos quedado.

EDUARDO.- Es verdad. (Se tumba en la tarima.)

GAVESTON.- Si no estás atento no podremos seguir con la representación.

EDUARDO.- No pude evitar pensar en los escoceses en vez de en los ammonitas.

GAVESTON.- Cada cosa a su tiempo.

EDUARDO.- Parece tan fácil la vida cuando lees la de los demás en los libros...

GAVESTON.- (Al SOLDADO.) Vamos a dejarlo.

EDUARDO.- No, no, te lo pido. (Con un gesto le indica al SOLDADO que continúe.)

SOLDADO 1.- *Sucedió que una tarde levantose David de su lecho...*

(EDUARDO se incorpora y GAVESTON se desplaza a un lateral y despojándose de casi toda su ropa actúa como la mujer que se baña.)

...y paseando por la terraza del Real palacio, divisó desde lo alto de la azotea a una mujer que se estaba bañando. Era la mujer de extraordinaria belleza.

EDUARDO.- (En el papel de David.) *Ve y pregunta quién es.*

SOLDADO 1.- (Cumpliendo la orden simula salir y entrar.) *Trátase de Betsabé, hija de Eliam, esposa de Urías el hitita.*

EDUARDO.- *Ve con unos criados y tráeme a esa mujer a mi casa.*

SOLDADO 1.- (En su papel de narrador.) *Y llegada ella donde él...*

(GAVESTON se cubre con una tela y se acerca a EDUARDO, y cogiéndose ambos amorosamente de la cintura hacen un amago de mutis.)

... yació con la misma cuando se purificaba de su impureza menstrual, y luego ella se tornó a su casa.

GAVESTON.- (En el papel de Betsabé, se separa de EDUARDO.) Estoy en cinta.

EDUARDO.- (Al SOLDADO.) *Acércate hasta Joab y dale este mensaje: Envíame a Urías el hitita.*

SOLDADO 1.- (Narrando.) *Y Joab mandó en efecto a Urías donde David, y llegado Urías a él, David le preguntó por Joab, por el ejército y la marcha de la guerra.*

EDUARDO.- (Al SOLDADO como si se tratase de Urías.) *Cuéntame de Joab, hijo de Seruyá y de los valientes del ejército y cómo ha sitiado a Rabbá.*

SOLDADO 1.- (Como narrador.) *Y después que Urías le hubo contestado, dijo a Urías después.*

EDUARDO.- *Baja a tu casa y lávate los pies y descansa.*

SOLDADO 1.- (Narrador.) *Salió pues Urías del palacio real, pero Urías se tendió a la puerta del palacio con los demás servidores de su señor y no bajó a su casa.*

(Como criado de David se acerca a EDUARDO.)

Urías no ha bajado a su casa.

(Se aleja para representar el papel de Urías y se acuesta en el suelo.)

EDUARDO.- (Al SOLDADO.) *¿No has venido de viaje? ¿Por qué no has bajado a tu casa?*

SOLDADO 1.- (Incorporándose como Urías.)
Estando...

EDUARDO.- (Con un gesto imperativo detiene la intervención del SOLDADO y se dirige airado a GAVESTON.) ¿Tan escasos de servidores estamos que no hay nadie entre ellos capaz de hacer de Urías para que éste (**Señala al SOLDADO.**) no se equivoque ni me líe a mí? No sé si habla como un personaje o qué demonios hace. No me estoy divirtiendo.

SOLDADO 1.- Ahora era Urías, alteza.

GAVESTON.- Si lo prefieres representamos la historia a lo vivo. Realizando de verdad lo que cuenta la Biblia... con quienes no sepan nada del texto sagrado.

EDUARDO.- ¿Dónde vamos a encontrar una mujer casada de tanta belleza y además con un marido en el ejército de mi padre?

GAVESTON.- Con intentarlo mañana nada se pierde. (**Por el SOLDADO.**) Ahora nos puede ayudar con su oficio y puesto que él conoce...

SOLDADO 1.- Mi profesión es mal vista y no siempre me reciben en sus casas pero podéis contar con...

EDUARDO.- Otro día. (**Pensando.**) Quizá sí, sería más divertido. (**A GAVESTON.**) En este momento no tengo ganas de seguir. Vámonos, Gav.

GAVESTON.- (**Que no se mueve.**) Hazlo por mí; estuvimos trabajando demasiados días para dejarlo ahora sin más.

EDUARDO.- Prefiero que otros representen para mí. Le encuentro más sentido. O lo que sugeriste... (**La idea de repetir en la realidad el relato bíblico ha prendido en EDUARDO.**) ¿Qué tal es Lady Burnell? (**La rechaza.**) ¡Bah!

GAVESTON.- Entrada en años. Sería difícil hasta para un Rey dejarla embarazada.

(**EDUARDO inicia la salida y GAVESTON se le junta para disuadirle, procurando que no le oiga el SOLDADO.**)

Sigamos. (**Por el SOLDADO.**) Es un poeta con sensibilidad.

EDUARDO.- Ya le has oído decir que está acostumbrado a los desplantes. Me apetece estar a solas

contigo. Será verdad que lavándose uno los pies descansa. Probaremos los dos. Que se marche.

GAVESTON.- Como mandes. (Se quita la tela de Betsabé con la que actuaba; se le nota cierto malhumor.)

EDUARDO.- Sin tristeza, no quiero verte disgustado.

GAVESTON.- No lo estoy si tú no lo estás.

EDUARDO.- (por el SOLDADO.) Dale unas piezas de oro.

GAVESTON.- Los poetas son orgullosos, sería herir sus sentimientos no aceptar su trabajo y pagarle por ello.

SOLDADO 1.- (Que oye las últimas frases.) No os importe.

EDUARDO.- (Al oír al soldado cae en la cuenta. A GAVESTON.) Es a ti a quien lastimo.

GAVESTON.- Confieso que me hubiera gustado... sin que debas darle mayor importancia.

EDUARDO.- (Al SOLDADO. Ha cambiado de propósito.) Sigue, sigamos con el juego.

GAVESTON.- (Se apresura y sin esperar siquiera a que el SOLDADO se tumbe en el suelo le ordena.) ¡Contéstale! (Suplanta por un momento a EDUARDO en el papel de David para recuperar el ritmo del juego.) ¿Por qué no has bajado a tu casa?

SOLDADO 1.- (Ya en el papel de Urías.) *Estando en tiendas de campaña el arca de Israel y Judá y acampando sobre la superficie del suelo Joab, mi señor, y los servidores de mi señor, ¿voy yo a ir a mi casa a comer y a beber y a dormir con mi mujer? Por tu vida y por tu alma, yo no haré tal cosa.*

EDUARDO.- (Como David.) *Quédate también hoy aquí y mañana te despediré.*

SOLDADO 1.- (Como narrador.) *Quedose, pues, Urías aquel día en Jerusalem. Al siguiente David lo invitó a comer y a beber con él y lo embriagó; por la tarde, él se marchó a acostar con los servidores de su señor, pero no bajó a su casa.*

EDUARDO.- (A GAVESTON en el papel de escribiente.) *Poned a Urías en vanguardia donde más recia sea la lucha y retiraos de su espalda para que sea herido y muera.*

GAVESTON.- (Simula escribir la orden de EDUARDO.) Ya está.

EDUARDO.- *Se la daréis a Urías para que se la entregue a su vez a Joab de mi parte.*

GAVESTON.- *Así se hará. (Se dirige al lateral donde había dejado su ropa y se viste.)*

SOLDADO 1.- (Narrando.) *Hallándose, pues, Joab en el asedio de la ciudad, colocó a Urías donde comprendió había enemigos más aguerridos. Los defensores de la ciudad hicieron una salida y atacaron a Joab, cayendo algunos de los vasallos de David, y muriendo también Urías el hitita. Entonces Joab envió emisarios para comunicar a David todas las incidencias de la batalla.*

GAVESTON.- (Al SOLDADO.) *Te ordeno como Joab que cuando hayas acabado de manifestar al Rey todas las incidencias del combate si el Rey monta en cólera y te dice:*

EDUARDO.- (Siguiendo la pauta de Joab.) *Por qué os habéis aproximado a la ciudad para combatirla? ¿No sabíais que habían de tirar de lo alto de la muralla? ¿Quién mató a Abimélek, hijo de Yerubaal? ¿Por qué os habéis acercado tanto al muro?*

GAVESTON.- (Todavía como Joab al SOLDADO.) *Entonces tú le dirás: también tu servidor Urías el hitita ha muerto.*

(GAVESTON se separa unos pasos y dice como narrador.)

Partió pues el mensajero y, llegado comunicó a David todo lo que habíale encargado Joab.

SOLDADO 1.- (Como emisario a EDUARDO.) *Aquellas gentes nos llevaron ventaja y salieron al campo contra nosotros, pero los rechazamos hasta cerca de la puerta; mas entonces los arqueros dispararon contra tus vasallos desde lo alto de la muralla y han muerto algunos de los súbditos del Rey, entre ellos tu servidor Urías el hitita.*

EDUARDO.- (Como David.) *Así has de decir a Joab: No te disgustes por tal cosa, porque la espada devora ora al uno, ora al otro. Arrecia tu ataque contra la ciudad y destrúyela. Y tú ánimo.*

(GAVESTON se pone por encima la tela con que se caracterizó de Betsabé y con cierto aire de coquetería femenina se acerca a EDUARDO que le pasa el brazo por los hombros y salen de escena así cogidos.)

SOLDADO 1.- (Como narrador.) *La mujer de Urías hizo duelo por su esposo durante siete días, y pasado el luto, David envió por ella y la acogió en su casa tomándola por mujer, y ella le parió un hijo.*

(Se inclina y saluda. Unas monedas caen sobre el escenario. El SOLDADO las recoge y sale diciendo:)

Las cosas que se pueden hacer siendo Rey .

Escena III

No cambia la decoración. Entran EDUARDO y su PRECEPTOR cuando aquel era todavía Príncipe de Gales. El PRECEPTOR va caracterizado exactamente igual que el SOLDADO 1, pero sin lanza ni magnetófono al cuello. De hecho puede ser representado por el mismo actor.

PRECEPTOR.- Si no pagan sus rentas, la corona no percibirá sus impuestos.

EDUARDO.- (Sentándose en la tarima.) Nunca entendí esos problemas.

PRECEPTOR.- Son sencillos. No prestas atención, eso es lo que te sucede. Sólo piensas en tus diversiones y andas en...

EDUARDO.- ¿Se puede prestar atención a tales asuntos? Si los campesinos abandonan las tierras a mí no me preocupa. Y si se mueren... De algo hay que morirse, ¿no? Además, ya se cuida mi padre de estas cosas.

PRECEPTOR.- Jovencito, mi misión es hacerte comprender que algún día no podrás evadirte de esas ocupaciones tan alegremente porque tu padre no estará detrás de ti. Piensa en imitarlo.

EDUARDO.- Para entonces tampoco me será de utilidad su forma de actuar y resolver los asuntos. Jamás tendré presente sus cualidades si no es para hacer todo lo contrario de lo que él habría hecho. Me esforzaré por no ser como mi padre.

PRECEPTOR.- (Sentándose a su lado.) Vuestro parecido es notable.

EDUARDO.- Los hombres somos algo más que carne, sangre y huesos.

PRECEPTOR.- El recipiente da forma a lo que hay dentro de él. ¿Viste a alguien con aspecto de rústico hablar con refinamiento y que se emocione y se impresione con la belleza de las cosas?

EDUARDO.- Pues hay campesinos...

PRECEPTOR.- (Lanzado.) En las mujeres con las que se acuestan son incapaces de encontrar otras cualidades que la de hembras reproductoras...

EDUARDO.- Es que los son. **(Su observación no interrumpe al PRECEPTOR.)**

PRECEPTOR.- ...van derechamente a su desahogo tratándolas como si ellas no tuvieran también sentimientos. Dime que la cara no es el espejo del alma, y que si dos cuerpos que se asemejan...

EDUARDO.- ¿Quieres decir que heredamos los parecidos externos y que aunque en los internos creamos ser diferentes, las coincidencias acaban agobiando nuestra rebeldía? No te creo. Reclamo mi derecho a ser diferente a mi procreador; ¿no soy libre acaso para elegir mi destino? En ese caso no gobernaré como él.

PRECEPTOR.- Tu padre, el Rey Eduardo primero, es un gran Rey.

EDUARDO.- ¿Es un gran Rey porque es poderoso?

PRECEPTOR.- También es un Rey inflexible y justo.

EDUARDO.- Que cree justas cosas que otros, yo mismo, no las creen. ¿Por qué tuvo que encerrarme en prisión y desterrar a Gaveston privándome de su amistad?

PRECEPTOR.- Invadisteis las propiedades del Obispo y le quitasteis la mujer a un vasallo suyo después de alistarlo y enviarlo al norte a luchar contra los escoceses.

EDUARDO.- ¿No defenderás delante de mí a persona que tan merecida se tenía nuestra burla? Ese codicioso

Langton lleva las cuentas del Tesoro de modo tan peculiar que...

PRECEPTOR.- (Sin dejarle continuar.) Tu amigo y tú fuisteis demasiado lejos; se quejó justamente. Os reísteis de la ley que tu padre juró hacer respetar.

EDUARDO.- Aún así. Se nota demasiado que fuiste también su preceptor. ¿Cómo puede ser mi padre y castigarme a mí, su hijo, de este modo? Dirás que para educarme.

PRECEPTOR.- Sí, para librarte de los malos consejos. Le dolió hacerlo, no es de piedra. Quiso librarte de tu amigo gascón.

EDUARDO.- ¿Qué clase de hombre hay debajo de su corona de Inglaterra? Yo te lo diré: no hay un padre... no hay siquiera un hombre, hay una idea. Una idea que aborrezco.

PRECEPTOR.- ¿Qué idea dices?

EDUARDO.- La de ejercer el poder convencido de que no puede equivocarse. Una idea corrompida, como el agua estancada, como el pescado de muchos días.

PRECEPTOR.- Juzgarlo por esa acción es demasiado aventurado. La pasión obceca tu juicio.

EDUARDO.- No es sólo por eso. ¿Tú lo has visto cuando sube los escalones del trono? Debe de imaginar ser un mortal libre de las bajezas humanas e ignorar, cuando absorto ve desfilar ante él tanto mezquino, que su poder no está desligado de su persona física. **(Tras una pausa.)** Al menos yo seré consciente de que no habrá Iglesia que legitime lo que mi sagacidad no sea capaz de presentar como tal. A pesar de las apariencias él es un arbitrario. ¿No te he oído a ti el refrán: «Allá van leyes do quieren reyes»?

(Mientras hablan, se escuchan como fondo la grabación de los juramentos pronunciados por EDUARDO en su coronación: «¿Señor, actuaréis en todos vuestros juicios con justeza y discreción, con clemencia y verdad, concedido a vuestro poder?». Voz EDUARDO: «Concedo y prometo». «Señor, ¿concederéis ayudar y guardar las leyes y las costumbres que la comunidad de vuestro reino elija y defender y hacer cumplir en el honor de dios, acordado a vuestro poder?». Voz EDUARDO: «Concedo y prometo».)

PRECEPTOR.- Mucho sabes. Hablas de un extraño modo de gobernar. No escaparás a tu destino.

EDUARDO.- Lo intentaré. Y te aseguro que Gaveston estará a mi lado. (**Temiendo haber sido indiscreto.**) Pero...

PRECEPTOR.- (Advirtiéndolo.) No temas, no diré nada de tus intenciones, ni sembraré cizaña entre tu padre y tú.

EDUARDO.- Iba a pedírtelo.

PRECEPTOR.- (Tras una corta pausa.) Acabarás haciendo del Reino de Inglaterra otra Cucópolis de las Nubes.

EDUARDO.- ¿De qué hablas?

PRECEPTOR.- Veo que tu formación clásica es deficiente y cargo como preceptor con la responsabilidad. Aristófanes cuenta en una obra suya cómo algunos ciudadanos atenienses fundan una nueva ciudad, Cucópolis, donde las relaciones entre ellos son distintas de las que rigen en Atenas.

EDUARDO.- ¿Y...?

PRECEPTOR.- Puedes imaginarlo. Se trata de una comedia.

EDUARDO.- Búrlate de mí, pero no hablo por hablar. No hay lugar para la fantasía cuando la realidad es tan caprichosa. (**Pausa.**) Veo los años próximos con intranquilidad; en la corte cada vez hay más prelados, no para rezar precisamente; más paladines de palabra que de hechos. Un soldado cuesta dos peniques, un caballero dos chelines y un conde ocho chelines... ¿Para qué? La mitad de las rentas de la Corona no bastan para alimentarlos y vestirlos. ¿Qué hacer? ¿Qué harán?

PRECEPTOR.- Los días de la prisión han hecho de ti otro príncipe por lo que veo. Renuncia a la corona y acabarán tus preocupaciones.

EDUARDO.- Es el tomar decisiones lo que me atormenta y me pides precisamente la más... (**Se interrumpe.**)

PRECEPTOR.- Verdaderamente la juventud es una mala edad en el hombre.

EDUARDO.- ¿Mala dices? Según para qué cosas.

PRECEPTOR.- Para gobernar, naturalmente. Ese sosiego del espíritu necesario para examinar y resolver no es patrimonio de jovencitos... por lo general alocados.

EDUARDO.- Eres mal maestro.

PRECEPTOR.- ¿Por qué? Siempre estuvo el gobierno en manos de los viejos. Platón, Aristóteles... Séneca... Todos los que han hablado...

EDUARDO.- Fallas al extender a toda la juventud características de unos pocos. Hay jóvenes alocados y jóvenes que no lo son. Como hay viejos que no sirven para nada. Un salto ilógico, de lo particular no se llega a lo general, en un amante de Aristóteles.

PRECEPTOR.- Hasta tú puedes aprender.

EDUARDO.- Cuando te ocupes de tu oficio podrás averiguarlo.

PRECEPTOR.- Gracias por recordarme mis obligaciones. Volvamos pues a lo nuestro.

EDUARDO.- (Resumiendo lo que al parecer le estuvo explicando el PRECEPTOR.) Abadía de Ramsey, condado de Buckingham... ¿Estábamos analizando...? (Pausa.) ¿Por qué se cultivan menos hectáreas y las cosechas de las cultivadas son cada vez peores? ¿Era eso? Tengo que poner esa hipótesis...

PRECEPTOR.- (Apostilla.) Hipótesis de trabajo.

EDUARDO.- Tengo que poner esa hipótesis de trabajo en relación con la disminución de bueyes, arados y campesinos. (En tono cada vez más irónico.) Veamos lo que nos dice la ciencia y los tratados técnicos. ¿El cambio de clima quizá? ¿Las vacías arcas de la Corona? ¿O es que cada vez hay menos ovejas en la grey del buen pastor? Realmente son problemas atractivos para un joven aspirante a monarca como yo, ¿no? ¡Tiembla reino de Inglaterra ante mi ignorancia!

PRECEPTOR.- Tienes buen humor.

EDUARDO.- Diga lo que diga la ciencia, la razón está en el uso indebido de los excrementos del ganado. (El PRECEPTOR se levanta.) El buey produce más estiércol que el caballo... ¿Correcto, señor? Y el caballo más que el arquero. A menos bueyes y a más caballos menos excrementos, y... etcétera, etcétera. ¿No decía tu maestro Roberto de Grosseteste obispo que fue de Lincoln y canciller de Oxford que «toda ciencia requiere la matemática» (Pausa.) Estercolar es una ciencia.

PRECEPTOR.- (Molesto.) Ya está bien.

EDUARDO.- Solución: no abonemos la cebada y dediquemos...

PRECEPTOR.- (Rápido.) Y comeremos menos pan.

EDUARDO.- (Le corrige.) «Comerán» menos pan, y a cambio pagarán menos impuestos. **(Lanzado.)** ¡Galeses y Escoceses, la guerra matemática del más y del menos se os viene encima! Ya no es tiempo de espadas, lanzas y escudos. Poned al ejército encima de bueyes y caballos y abonad los campos de batalla... Vuestras tropas de a pie no son tan beneficiosas para la agricultura aunque ganéis las guerras con ellas, porque defecan menos que las de caballería. Galeses y escoceses seguid el ejemplo inglés y guerread con jinetes, con eso los dueños de ovejas quedarán libres de la obligación de acampar sus rebaños durante días para abonar las tierras por las que pasan, y os verán con buenos ojos. **(Respira agotado por el esfuerzo.)**

PRECEPTOR.- Si mis enseñanzas te merecen tal desprecio, puedes dispensarme ante tu padre del compromiso cuando regrese de su guerra con Escocia.

EDUARDO.- Nadie lo haría mejor que tú, a pesar de lo que antes te dije. Pero no te obstines en hacer de mí un calco de mi padre. El mundo no se hundirá por eso. **(Pausa.)** Me gustaría que de mí dijese la Historia: Fue un Rey... acepto lo de caprichoso... que heredó la corona inglesa a la muerte de su padre sin que jamás anhelase otra cosa que la tranquilidad; que no cayó en la trampa de querer ser justo, y que fue muy amigo de sus amigos.

PRECEPTOR.- Sea. Poco bagaje pretendes llevarte a la otra vida. Son deseos más propios de gobernados que de gobernantes.

EDUARDO.- ¿Hay algún mal en ello?

PRECEPTOR.- Sencillamente, que no los verás cumplidos, príncipe de Gales.

EDUARDO.- Si algún día, vives lo suficiente y acabo dándote la razón, es que la acción de gobernar acaba siempre destrozando al que gobierna y anulando su albedrío.

PRECEPTOR.- ¡A cuántos no les importaría ocupar tu puesto aún con ese futuro!

EDUARDO.- A mí sí.

PRECEPTOR.- Hace cincuenta años tu abuelo Enrique quiso pagar al Papa 135.000 marcos para que a tu tío, su segundo hijo, lo nombraran Rey de Sicilia. A tu abuelo, que ya sabía lo que era reinar y que pasó por Dios sabe qué cosas para conseguir sus propósitos antes de fracasar, le hubiera resultado...

EDUARDO.- (Interrumpiéndole.) Tienes un mal día. Eso no demuestra nada de lo que hablábamos. Antes de utilizar parte de lo que yo digo como argumentos tuyos... **(Confundido.)** para... Lo que yo defiendo es que cada cual asume sus obligaciones de modo diferente. Y me estoy haciendo un lío. Mi padre es mi padre y el Rey Eduardo, y yo seré yo, otro Rey Eduardo.

PRECEPTOR.- Cuando esté arriba **(Señala el trono.)** solo y rodeado de eclesiásticos, nobles, propietarios libres, soldados y campesinos... **(Se calla.)**

EDUARDO.- ¿Qué? Termina de hablar.

PRECEPTOR.- Dejemos que pasen los años y seas tú el Rey Eduardo.

(Sale de escena retirando el sillón del trono después de colocar las varillas como en la Escena I.)

Escena IV

De nuevo la acción se desarrolla en el castillo de Killingworth, prisión de EDUARDO Segundo y nos devuelve al presente, con la entrada del SOLDADO 1 con la lanza y el magnetófono colgado de su cuello. EDUARDO parece tener otra vez cuarenta y tres años y vestir ropa desgastada.

EDUARDO.- (Cogiéndose la cabeza con las dos manos.) ¡Qué difícil resulta reconstruir una vida entera en esta situación! Es inútil tratar de hurgar en la mente veintitantos años atrás y más cuando mi estado de ánimo no es el adecuado para recordar las ideas y sentimientos que entonces tenía frente a la Corona. **(En tono más alto.)** ¿Era yo tan rebelde antes de la muerte de mi padre?

(Levanta la cabeza y se dirige al SOLDADO 1 que alejado de él, monta guardia.)

Te estoy preguntando a ti ¿por qué no me contestas?

SOLDADO 1.- Pensabais en voz alta y... tampoco sé qué contestaros, señor.

EDUARDO.- Ni yo si no será una tontería interrogarte.

SOLDADO 1.- Es una pregunta extraña.

EDUARDO.- ¿Extraña?

SOLDADO 1.- Tan sólo tengo veintitrés años. ¡Qué podría saber!

EDUARDO.- Los mismos que tenía yo. Mi familia, yo... teníamos que estar siempre presentes en los pensamientos y conversaciones de todos los súbditos. ¿Qué decíais de mí?

SOLDADO 1.- Es posible que en el pasado fuera así, pero yo no viví ese pasado.

EDUARDO.- ¿Tus padres no son del pasado?

SOLDADO 1.- No conocí a mi padre y mi madre me abandonó siendo yo muy pequeño.

EDUARDO.- Los pobres juntáis de tal modo las desgracias, que las que padecemos los demás no parecen serlo al compararlas con las vuestras.

SOLDADO 1.- No hagáis comparaciones ociosas.

EDUARDO.- Es posible que nadie mayor que tú te hablase de mi rebeldía, ni de las andanzas en las que me vi metido para manifestar mi insatisfacción, porque es posible que ni una ni otras existieran, y que yo no despreciara entonces lo que luego vine a ser. ¿He venido a ser odiado por quienes antes me aclamaron? ¿Son mis razonamientos producto de la fiebre? Mi viejo preceptor me lo advirtió y se burló de mi ingenuidad.

SOLDADO 1.- Os confieso que sigo con dificultad vuestras para mí incomprensibles palabras.

EDUARDO.- Si no era un rebelde, si aceptaba orgulloso la corona de Inglaterra, ¿para qué luchar por fijar la imagen que no fui? Y si no fui lo que creo ser ahora otra vez, para qué luchar por... **(Se interrumpe.)**

SOLDADO 1.- No lo hagáis.

EDUARDO.- ¿Cómo si no trazarse una línea de conducta contraria a la que me llevó a esta situación? Si no recuerdo cómo era en realidad y qué pensaba antes de ser coronado... (**Cambiando de idea.**) ¡Qué tontería! ¡Claro que sé cómo era! Tengo en la cabeza, confundidos en la memoria mis sentimientos, las creencias e ilusiones de mi juventud, pero no soy capaz de darles cuerpo y describirlas.

SOLDADO 1.- Cada vez os entiendo menos.

EDUARDO.- Haz un esfuerzo; me ayudarías.

SOLDADO 1.- A los desgraciados nos basta y nos conformamos con notarnos con vida, ni sabemos ni necesitamos decir y explicar que vivimos.

EDUARDO.- Tampoco yo lo necesitaría si estuviera libre.

SOLDADO 1.- (Señalando su propia cabeza.)
¿Queréis ser fuerte aquí?

EDUARDO.- Es mi única arma. Sin embargo las palabras que pongo en mi boca llegan a mis oídos faltas de vida, huecas, pesadas, falsas. Es como al orador que le fallase el conocimiento del asunto sobre el que versaba su discurso y tuviera que mover su cuerpo, gesticular y manejar la modulación y la variedad de su voz sin saber para qué.

SOLDADO 1.- O sea: un orador que ha perdido la memoria. O sea un orador mudo. Daría mucha risa.

EDUARDO.- Es una posibilidad más.

SOLDADO 1.- Perdonadme, pero es que os expresáis con demasiada... (**Indica con gestos que se remonta.**)

EDUARDO.- Durante años desprecié a los que por torpeza no sabían expresar sus pensamientos porque me obligaban a hacer esfuerzos para entenderlos. Luego resultaba, casi siempre, ser una fruslería que no hubiera merecido siquiera tomarse la molestia de oír. Y ahora tú me dices que tampoco yo sé traducir en palabras adecuadas lo que pasa por mi cabeza.

SOLDADO 1.- Mi intención era otra. Es mía la culpa por no entenderos. ¿Iba yo a despreciar a quien está por encima de este soldado?

EDUARDO.- Seguramente tendrías razón si lo hicieras.

SOLDADO 1.- Vivid en silencio vuestros recuerdos.

EDUARDO.- ¿No te lo dije? No puedo.

SOLDADO 1.- Pues desechadlos. ¿Qué ganáis con atormentaros si dentro de poco se habrá acabado todo en este mundo para vos? Vuestra salud no es buena.

EDUARDO.- Hay más energía en mí de lo que parece, y no me faltará si consigo ser otro aquí... **(Se golpea la cabeza imitando el gesto que el SOLDADO hizo antes.)** ...tal como me has dicho. ¡Ah si pudiéramos ver claramente y con tiempo cuál es nuestro futuro! ¡De qué forma tan distinta nos comportaríamos!

VOZ EDUARDO EN...- (Puesto en marcha el magnetófono por el SOLDADO.) ¿No creó la Religión el infierno para que estuviéramos siempre con la duda del premio o el castigo en el cuerpo y así dominarnos? **(El soldado lo desconecta.)**

EDUARDO.- Ese destino eterno es más llevadero; no pretendía ir tan lejos. Me hubiera conformado con saber a los veinte lo que me pasaría a los cuarenta y a los cuarenta lo que me está pasando a los cuarenta y tres.

SOLDADO 1.- En mi caso no me habría servido de nada. Mi vida hubiera sido lo que es hoy. ¿No hay sabios que leen el porvenir en las estrellas y en las líneas de la mano?

EDUARDO.- Me vaticinaban lo que creían que yo quería escuchar.

SOLDADO 1.- En estos momentos hasta yo podría predecíroslo.

EDUARDO.- Supones mal. **(Pausa.)** Si todavía vivo es porque esperan algo de mí que muerto no tendrán. Y tras ello estoy. Pero, ¿qué es?

SOLDADO 1.- Pensad más bien que... que habéis resistido más de lo que era lógico suponer con el trato que recibís. Para mí que esperaban que vuestra vida se apagase lentamente. Nunca que necesitase tantos meses, y no... **(Se detiene durante unos segundos para finalmente decidirse.)** ... No quieren que vuestro cuerpo presente señales externas de violencia.

EDUARDO.- ¿Para presentarme ante los parlamentarios con buen aspecto y que me explique ante ellos?

SOLDADO 1.- No dije eso.

EDUARDO.- ¿Quiere Isabel que muera o que me presente ante el Parlamento para ser desposeído de lo único que ya soy?

SOLDADO 1.- Me resulta imposible ponerme en su lugar. Cansados de esperar habrán buscado otra solución.

EDUARDO.- Mi muerte lo allana todo. Bien. Por otra parte son tantas las huellas que las enfermedades y padecimientos están dejando sobre mi cuerpo, que una más carecería de importancia para quienes tanto me odian. ¿Qué es lo que les detiene? No lo sé, lo único que cuenta es que todavía no ha llegado mi hora y mientras viva hay un resquicio para la esperanza. Ese es mi punto de partida. Tú piensas que me quiero agarrar a lo que sea para mantenerme, ¿no? (**Negando con la cabeza.**) Siento que me necesitan vivo.

SOLDADO 1.- ¿No queréis pensar en la posibilidad de que nadie se atreva a daros muerte? Perdonad la crudeza de este soldado.

EDUARDO.- Treinta monedas. Con treinta monedas se paga a un asesino.

SOLDADO 1.- Si seguís por ese camino, pronto os veréis otra vez en el trono.

EDUARDO.- ¡Eso es! Aceptaré sus condiciones. Haré lo que desee que haga y me plegaré a sus caprichos. No me importa que su amante sea Mortimer con tal de no dejar de ser Eduardo Rey de Inglaterra.

SOLDADO 1.- (Con ironía.) Si así sucede espero que os acordéis de mí.

EDUARDO.- (Abstraído en sus pensamientos.) ¿Habría aceptado como heredero de la Corona lo que me...? (**Cambiando.**) ¡Fuera pensamientos inútiles!

(No advierte la entrada de los dos obispos, ataviados del mismo modo que el soldado aunque con una vistosa capa eclesiástica por encima. Tanto el OBISPO DE WINCHESTER como el OBISPO DE LINCOLN tienen facciones semejantes a las del guardián. Hablan entre si alejados de EDUARDO, que les da la espalda.)

Gobernaré el reino como ellos quieran que lo gobierne, y ganaré tiempo para conocer sus proyectos. Necesito otra manera de pensar y de actuar. En el Parlamento tendré la oportunidad de hablar, por lo que he de darme prisa en reconstruir mi pasado si quiero evitar tener los mismos

fallos anteriores. Mi voluntad es firme. Mi entendimiento... No, no puedo desvariar. Es mi memoria la que falla. ¿Podré vivir sin memoria? ¿Qué enfermedad me tiene preso?

SOLDADO 1.- (Que tampoco advirtió la entrada de los OBISPOS.) ¿Os referís otra vez a lo del orador?

EDUARDO.- (al soldado.) Avisa a tu oficial de armas.

SOLDADO 1.- (Al ver a los OBISPOS adopta una posición rígida y dice tímidamente a EDUARDO.) Señor...

OBISPO WINCHESTER.- (Ordena callar al SOLDADO con un gesto y se acerca a EDUARDO.) ¿Decíais?

EDUARDO.- Mejor, advierte al conde de Leicester... (Se vuelve, y mira con fijeza al OBISPO sin reconocerlo.) ¿A qué esperas? ¿Por qué no te mueves? Noto un brillo extraño en tu mirada.

OBISPO WINCHESTER.- ¿Qué quieres? (Tampoco el distinto trato que recibe del OBISPO hace reaccionar a EDUARDO.)

EDUARDO.- ¡Acepto abdicar! (El OBISPO WINCHESTER asombrado intenta hablar, pero es EDUARDO el que continua haciéndolo.) No, no. ¡Qué disparate he dicho! Sin la corona sobre mi cabeza jamás podría llevar adelante mi proyecto. Yo quería... y quise decirlo con la intención... (Perdido.) Al oír mis propias palabras... «¡abdico!»... el miedo paralizó mi entendimiento y olvidé lo que pretendía. (Al OBISPO que toma por el SOLDADO 1.) Dile a mi esposa, la reina Isabel, y a su amante el traidor... y a su amante que seré, que seré otro Eduardo.

OBISPO WINCHESTER.- ¿Han de creer que siendo Eduardo serás otro Eduardo porque tú lo digas? ¿Que cambiarás de carácter como se cambia de piel por efecto del sol? Mucho les pides.

EDUARDO.- Diles que no tienen nada que temer de mí.

OBISPO LINCOLN.- (Sin cambiar de sitio.) La evidencia salta a los ojos.

EDUARDO.- Seré un Rey diferente. El haber tenido todo el poder en mis manos me servirá de experiencia para evitar errores y para evitar la hostilidad de algunos.

OBISPO WINCHESTER.- No creo que tu ofrecimiento les compense.

EDUARDO.- ¿Qué quieren de mí?

OBISPO LINCOLN.- Tu renuncia, nada más que tu renuncia en favor de tu hijo el joven Eduardo.

EDUARDO.- No puedo hacerlo. Mi juramento... ¿Qué sería de mí?

OBISPO LINCOLN.- Los obispos tenemos potestad delegada del Santo Padre para dispensarte de...

EDUARDO.- (Cortándole.) Y eximir a los súbditos del deber de obediencia a su Rey legítimo. Lo sé. Igual que sé que apostasteis contra mí porque no quise levantar los gravámenes e impuestos que os igualaban a caballeros y nobles. **(A pesar de que se ha dirigido a él como OBISPO sigue actuando sin reconocerlo como tal.)** Pero yo no soy tan mudadizo como la Iglesia.

OBISPO LINCOLN.- (Al mismo tiempo que WINCHESTER.) Fue tu desordenada vida y tu antinatural...

OBISPO WINCHESTER.- (Íd.) Debemos decirle a Isabel... **(Se callan al tiempo.)**

EDUARDO.- Dile que quiero verla.

OBISPO LINCOLN.- Que en tu situación pienses todavía que puedes volver a tener el poder que tuviste, es un síntoma de que eres un hombre envidiable o... un loco.

EDUARDO.- La línea entre la razón y la locura no está en uno mismo y es natural que nadie deje de hacer proyectos para seguir viviendo.

OBISPO LINCOLN.- (Al de WINCHESTER.) ¿Todavía pretende vengarse?

OBISPO WINCHESTER.- (A EDUARDO.) ¿Qué proyectos haces? **(Mirando al SOLDADO 1.)** ¿Qué ayuda puede darte un soldado de guardia?

EDUARDO.- El escalón más alto se apoya siempre en el más bajo.

OBISPO LINCOLN.- ¿Algún plan de fuga quizá? **(EDUARDO no le contesta.)**

OBISPO WINCHESTER.- Sería necedad en Isabel volverle la espalda a la fortuna para darte a ti la oportunidad de destruirla.

EDUARDO.- No, no y no. Quiero simplemente tener un destino diferente al que me aguarda entre estas paredes, en donde mis males pronto serán irreversibles.

OBISPO WINCHESTER.- (Se acerca más a EDUARDO al tiempo que por medio de un simple artificio desenrolla una tela negra que oculta su aspecto de soldado por delante.) En tu mano está evitarlo.

EDUARDO.- No soporto mi propio hedor, que percibo con repugnancia pese a ser el habitual y a de mis sentidos.

OBISPO WINCHESTER.- (Al SOLDADO 1 indicando con un gesto la locura de EDUARDO.) ¿Desde cuándo está así?

EDUARDO.- (Contesta como si la pregunta hubiera sido hecha a él y se refiriera a los males de su cuerpo. El SOLDADO ni se movió.) Ni recuerdo cuando comenzó este lento pudrirse de mi cuerpo. Mi esposa Isabel...

OBISPO WINCHESTER.- (Rápido.) Que sufre por no venir a verte, cosa que hace para que el pueblo inglés no odie también a tu hijo ni a ella, y se ponga en peligro... (Le interrumpe EDUARDO.)

EDUARDO.- (A quien las palabras del OBISPO le han devuelto a la realidad.) Tú no eres el soldado... mi amigo guardián. (Observándolo detenidamente.) Tú eres el obispo de Winchester. No te vi ni oí entrar.

OBISPO DE LINCOLN.- (Ocultando también sus ropas de SOLDADO del mismo modo que WINCHESTER.) Yo soy...

EDUARDO.- (Sin dejarle terminar.) Te conozco, obispo.

OBISPO WINCHESTER.- Vemos que vuelves a estar en ti.

OBISPO LINCOLN.- Es hora ya de que reconozcas que a los mortales corrientes como nosotros, nos está vedado dar marcha atrás en el tiempo y volver a vivir lo que ya vivimos.

OBISPO WINCHESTER.- Ocasión hubo en que se le concedió a algún devoto varón de pocas luces, y por intercesión divina, tal posibilidad en su hora postrera para que viesen la futilidad de sus actos. Y santo hay en los altares que pudo rehacer en unos minutos una vida llena de desatinos.

OBISPO LINCOLN.- Eran, pese a ellos, agradables a los ojos de Dios.

EDUARDO.- No pido milagros, os pido a vosotros cosas que están a vuestro alcance.

OBISPO LINCOLN.- Haznos caso, y pon tu conciencia en orden para la otra vida, no para ésta. **(Dirigiéndose a WINCHESTER extrañado por la lucidez que muestra EDUARDO.)** ¿No nos habían dicho que en su delirio...?

OBISPO WINCHESTER.- **(Sin darle tiempo a que termine ni a que EDUARDO capte el sentido de la pregunta.)** Sabemos por los carceleros, que se hacen lenguas de tu conducta, que estás dispuesto a seguir nuestros consejos.

EDUARDO.- **(A Lincoln.)** No venís como confesores de mi conciencia, lo adivino.

OBISPO WINCHESTER.- Venimos anticipándonos a la Comisión parlamentaria y por encargo de vuestra esposa Isabel para obtener tu consentimiento, y evitarte lo desagradable que sería para ti persistir en la negativa.

EDUARDO.- Venís como cuervos a robarme mi propio ser. ¿Si dejo de ser Rey de Inglaterra, qué seré? **(Tras una pausa.)** Pensad más bien que el joven Eduardo, mi hijo, una vez en el trono podría cambiar de humor con la edad y el gobierno, y las cañas tornarse lanzas contra la Regencia de Isabel y Mortimer. En cambio, yo aparecería ante el reino como el responsable de «su» política de gobierno y ellos no levantarían ni quejas ni descontentos.

OBISPO LINCOLN.- No hay acción humana, porque no somos perfectos, que no los provoque en mayor o menor medida. Tu oferta no es de bastante entidad.

OBISPO WINCHESTER.- Lamento decirte señor, que es tarde para negocios de esa índole. Tu crédito personal está agotado; nadie creería en tus palabras cuando tantas veces faltaste a las dadas.

EDUARDO.- No habrá sitio junto a mí para nuevos... **(Duda. Con esfuerzo acaba dando los nombres.)** ... Gaveston y Spenser.

OBISPO LINCOLN.- Acertaste al decir que nuestra misión no era darte la absolución. Tu arrepentimiento es baldío.

OBISPO WINCHESTER.- Abdica sin condiciones por el bien de la Corona.

OBISPO LINCOLN.- Si ya antes dejaste en otras manos el gobierno del reino...

OBISPO WINCHESTER.- (terminando la frase de LINCOLN.) ...¿por qué no aceptas que quien es carne de tu carne consolide la paz en Inglaterra?

EDUARDO.- ¿Podré vivir cuando ceda la corona?

OBISPO WINCHESTER.- Tendrás las mismas posibilidades.

EDUARDO.- O sea, pocas.

OBISPO LINCOLN.- ¿Le diste alguna a los nobles caballeros que perdieron sus cabezas por mandato tuyo después de la batalla de Boroughbridge?

EDUARDO.- (Entregado a sus pensamientos.) Boroughbridge... Boroughbridge...

(Cambia la iluminación a tonos irreales. Ruido de rebobinado de cintas. EDUARDO revive lo sucedido quince años atrás. Excepcionalmente el texto que sigue a continuación está tomado del EDUARDO II de Marlowe, y para identificarlo va en letra cursiva.)

OBISPO WINCHESTER.- (Queriendo que salga de su ensimismamiento.) Sin embargo podrás esperar otro destino menos cruel, aunque no sea más que por lo que eres, no por lo que fuiste.

EDUARDO.- *¡Por la tierra, madre común de todos nosotros, por el cielo y por todos los orbes que allí se mueven, por esta mano derecha y por la espada de mi padre y por todos los honores que se deben a mi corona! Tomaré por Gaveston tantas cabezas y vidas como residencias, castillos, ciudades y torres tengo en mi reino.*

¡Falso Warwick, traidor Lancaster! (MARLOWE en vez de LANCASTER usa el nombre de MORTIMER.) Si sigo siendo Rey de Inglaterra arrastraré vuestros cuerpos sin cabeza a lagos de sangre, y mancharé mis estandartes reales con la misma para que mis ensangrentadas enseñas evoquen el recuerdo inmortal de la venganza sobre vuestra maldita traidora progenie...

(El OBISPO WINCHESTER se coloca en un lateral y el de LINCOLN se recoge sus ropajes eclesiásticos para dar la imagen de un soldado y se acerca a EDUARDO. El SOLDADO 1 sale.)

...sobre vosotros villano que habéis asesinado a mi Gaveston. (Tomando al obispo LINCOLN por Spenser.) Spenser, dulce y amable Spenser, te adopto aquí en este puesto de honor y confianza. Te nombro Conde de Gloucester y Lord Chambelán, y vengo en darte...

OBISPO LINCOLN.- *(Como Spenser dice una cosa pero como LINCOLN sus gestos están en contradicción con lo que habla. Otra vez EDUARDO oye lo que quiere oír.) Mi señor, un mensajero de los barones desea hablar a su majestad.*

EDUARDO.- *Permitidle que entre. Y vengo en darte todos los bienes y riquezas que poseo para que hagas todo cuanto a ti te guste. Tu palabra y la mía serán una misma.*

SOLDADO 1.- *(Entrando como el mensajero de los nobles rebeldes.) ¡Larga vida al Rey Eduardo, señor legítimo de Inglaterra!*

(El OBISPO LINCOLN coloca sobre la tarima el sillón del trono que le acerca un TRAMOYISTA.)

EDUARDO.- *(Se sienta en el trono y LINCOLN se queda a su lado.) Tal deseo no es el de los que te envían acá. Di tu mensaje.*

SOLDADO 1.- *(Como mensajero.) Los barones levantados en armas, por mí saludan a su alteza con larga vida y felicidad; y me mandan decir claramente a su gracia que si desea que esta aflicción tenga alivio y remedio sin derramamiento de sangre, que separe de su principesca persona a este Spenser (Señala a LINCOLN.) como se separa la rama podrida que seca la viña, cuyas doradas hojas adornan tu real cabeza como diadema luminosa que pone en evidencia a esa oscuridad perniciosa, dicen. Y advierten a vuestra gracia, que valore la virtud y la nobleza y tenga en gran estima a sus viejos servidores y aparte de sí a los zalameros hipócritas y aduladores. Si se les concede, hacen voto de consagrar a su alteza sus honores y sus vidas.*

OBISPO LINCOLN.- (Como Spenser. **Íd.**)
¡Traidores! ¡Todavía exhiben su arrogancia!

EDUARDO.- (Se levanta.) *No hay respuesta.*

(El SOLDADO 1 inicia la salida.)

¿Osan esos rebeldes decidir qué compañías, entretenimientos y placeres ha de tener su soberano? Mirad cómo me alejo de Spenser. (Abraza al OBISPO LINCOLN.) Espera, diles que iré a castigarles por asesinar a Gaveston. (Alzando la voz.) Eduardo con fuego y espada os pisa los talones.

(El SOLDADO 1 sale de escena. Entran dos actores, cada uno por un lateral distinto, con armadura y lanza en ristre, jinetes sobre ridículos caballos de madera o cartón. Se desplazan por detrás de la tela negra impulsando con un pie contra el suelo la plataforma con ruedas sobre la que van instalados. Sus movimientos han de parecerse al juego de muñecos mecánicos de algunos relojes, como el de la Marienplatz de Múnchen (ciudad en la que se encontraba el autor cuando empezó a escribir esta obra.). El combate que representan como un juego de sombras, gracias a la transparencia de la tela y a la ayuda de un punto de luz, es la batalla de Boroughbridge.)

VOCES EN OFF DE COMBATIENTES.-
(Éstos hablan a un tiempo produciendo una gran algarabía. EDUARDO y los OBISPOS contemplan rígidos la batalla.) ¡San Jorge por Inglaterra y los derechos del Rey Eduardo! ¡Al combate! ¡Al combate! ¡Arremeted contra esos arqueros! ¡San Jorge por Inglaterra y los derechos de los barones! ¡Sobre ellos, señores! ¡Soldados adelante! ¡Acabemos con esa sanguijuela de Despenser! ¡Al combate! ¿Nosotros por quién peleamos? ¡Calla! No vendría mal señor respirar un poco.

(Los jinetes se cruzan y al llegar al lateral contrario se dan la vuelta para enfrentarse de nuevo.)

Nuestros hombres, agotados los pozos cercanos empiezan a desmayar. El descanso refrescaría caballos y hombres. ¡Combatimos por Lancaster e Inglaterra! ¡Vienen los rebeldes! ¡Tensad las ballestas! ¡Huid, huid! ¿Por qué tocan retirada si estamos ganando? ¡Traidores! ¡Reforzad a esos hombres! ¡Traed mi caballo! ¡San Jorge! ¡San Jorge por Inglaterra! ¡San Jorge por los nobles! ¡San Jorge por el Rey! ¡Marchemos adelante por San Jorge! ¿Tú quién eres? Sus cabezas... ¡Mantened firmes las picas! ¡Confianza soldados!

(Uno de los dos combatientes cae al suelo. El foco de luz que permitía ver el combate se apaga lentamente, y en escena EDUARDO y los OBISPOS recuperan el tiempo presente. El SOLDADO 1 vuelve a entrar.)

EDUARDO.- En Boroughbridge... se cumplieron las Sagradas Escrituras. Dice la sabiduría de Salomón: «la cólera y el disgusto del Rey son como el rugido del león, y su venganza inevitable». Eso fue la batalla de Boroughbridge.

OBISPO WINCHESTER.- Acabaste con Lancaster, con Warwick...

EDUARDO.- ¡Canallas orgullosos! No les bastó tener a Gaveston prisionero; tuvieron que desnudarlo, cortarle la cabeza y arrojarlo a una zanja violando así todas las leyes de las armas. Mi venganza tenía que llegar y llegó en Boroughbridge.

OBISPO LINCOLN.- (Dirigiéndose a un lateral dispuesto a salir de escena.) Con su acción creían hacer un bien a su país y a su Rey.

EDUARDO.- Creían... Creían... Eran interpretaciones surgidas de sus propios intereses. ¿No repetís, vosotros hombres de Iglesia, que de un mal nunca sale un bien? ¿Cómo juzgáis el asesinato de Gaveston y el más reciente de Hugh Spenser? ¿El bien del Rey no es el bien de Inglaterra?

OBISPO LINCOLN.- ¿Solamente dos muertes os preocupan?

OBISPO WINCHESTER.- No hemos venido a juzgar a quienes han puesto fin a un reinado de corrupción que llenó la tierra y los canales de Inglaterra de la sangre de su propio pueblo.

EDUARDO.- Mucho esperas ganar para hablar así a tu legítimo soberano.

OBISPO LINCOLN.- Colmaste de injurias a quienes te servían hasta más allá de lo humanamente soportable, no busques en intereses inexistentes las razones de nuestra conducta.

EDUARDO.- ¿Qué os han prometido por convencerme?

OBISPO WINCHESTER.- La paz y la tranquilidad en nuestras casas.

EDUARDO.- Palabras. No son promesas que puedan contentaros.

OBISPO WINCHESTER.- ¿Abdicarás por fin?

EDUARDO.- Se escupe siempre de arriba abajo. Pero yo, Eduardo Rey y Soberano de Inglaterra, hijo de la amada Leonor de España nieta del Fernando tercero de Castilla, vástago del gran Eduardo Longshank, he de soportar de mis súbditos estos desplantes y amenazas. ¿Sois vosotros los que tenéis siempre en la boca las leyes naturales? ¿No es acaso antinatural levantarse contra vuestro legítimo señor?

OBISPO WINCHESTER.- La Iglesia defiende que habiendo causa justa por medio...

EDUARDO.- Y lo era el que os veáis desplazados y preteridos en los beneficios y recompensas. Seguro que era así. El rencor y la envidia os corroían por dentro viendo que en la corte eran otros los que repartían sonrisas y concedían los puestos de preferencia.

OBISPO LINCOLN.- En muy poco nos valoras.

EDUARDO.- ¡Qué bien os conocía Gaveston!

OBISPO LINCOLN.- Tu amistad con él era vergonzosa.

EDUARDO.- ¿Vergonzosa dices? ¿Protestó el pueblo griego contra Aquiles por la amistad que sentía éste hacia Patroclo?

OBISPO WINCHESTER.- Tu amigo gascón había pasado al olvido. Se trataba de su sustituto Despenser mil veces más ambicioso.

OBISPO LINCOLN.- Hablas de épocas oscuras, de costumbres de épocas alumbradas y superadas ya por la luz del cristianismo. Estamos en pleno siglo XIV. Aquél era un mundo en decadencia.

EDUARDO.- (A WINCHESTER.) ¿Decides tú cuando los demás debemos olvidar? (A LINCOLN.) ¿Decadencia? ¿Hablas de decadencia? De esos mundos nos llega todo el arte, toda la ciencia, toda la sabiduría en suma. Vosotros sois la decadencia.

OBISPO LINCOLN.- Ya veo qué clase de ideas hay en ti. Ideas paganas por las que ibas a hacer de las ciudades de Inglaterra montones de piedras, si las gentes y pueblos por donde cruzaban las tropas de Isabel y Mortimer no se hubieran levantado contra ti formando torrentes y ríos de hombres en armas.

OBISPO WINCHESTER.- (Saliendo de escena.) Comunicaremos a Isabel tu decisión.

EDUARDO.- (Sin advertir la salida de WINCHESTER.) Isabel, esa zorra francesa espera mis palabras mientras yo estoy encerrado dentro de esta caverna de inquietud. (Pausa.) El nombre de Eduardo sobrevivirá a mi desgraciado estado. Peldaño a peldaño mi vida se rehará en mis manos como pieza de alfarero, matemáticamente. Lejos queda mi horror por la ciencia exacta.

(El SOLDADO 1 sale de escena ante el gesto del obispo LINCOLN que se lo ordena.)

¿No es el conocimiento también una ciencia igual de exacta? Ahora lo sé, Obispo... Sé la solución. Tengo la solución. ¡Encontré el laberinto... la salida del laberinto de mi confundida mente!

(Sale LINCOLN furtivamente.)

Me presentaré ante el Parlamento como queréis con una sola condición. (Espera el comentario de los OBISPOS ignorando todavía que ya no están.) ¿No mostráis impaciencia por conocerla? (Extrañado por el silencio escudriña la escena.) ¡Soldado! ¡Amigo! (Se mueve nervioso de un lado a otro.) ¿No me oyes, soldado? (Grita.) ¡Soldado! No sé tu nombre, soldado. ¿Dónde estás? (Angustiado.) Estuve hablando solo otra vez. ¡Soldado! ¿No hay nadie en la puerta? ¿No hay guardias? (La angustia de EDUARDO crece.) ¡Soldado! ¡Amigo! ¿Dónde estás? ¡No me dejéis solo! ¡Soy el Rey Eduardo de Inglaterra! ¿Me oís? ¡Soy el Rey!

(Oscuro.)

Escena V

Entra el SOLDADO 1 con su lanza y magnetófono y se ilumina la escena. La misma decoración de la escena anterior pero con el sillón del trono sobre la tarima.

EDUARDO.- (Al SOLDADO, recobrando la tranquilidad.) Me dejaste solo, amigo. Hablaba conmigo mismo. Escúchame con atención. Dentro de mí hay una fuerza cada vez más poderosa. El Obispo me dio la clave. No, fui yo quien le sugirió la idea y no tuve más que esperar el momento en que la manifestara como suya. ¿Quieres saber qué dijo?

SOLDADO 1.- Pues...

EDUARDO.- Dijo que «sería necedad en la Reina volverle la espalda a la fortuna para darme a mí la oportunidad de destruirla». Luego esa posibilidad existe, está a mi alcance, puede por lo tanto producirse por un error de Isabel y no sólo como producto de su magnanimidad. ¿No será ese error que yo comparezca en el Parlamento para abdicar?

(Los ACTORES que no intervengan en la escena o los TRAMOYISTAS del teatro, desarrollando una actividad febril y sin que la acción se detenga, llenan el escenario de maniqués vestidos con uniformes militares de gala y ropajes talares. Los disponen de modo que parezcan ocupar los escaños de una gradería semicircular propia de un parlamento, pero sin preocuparse por dejarlos bien colocados. En vez de maniqués pueden usar piezas de ajedrez de gran tamaño. El porte de EDUARDO adquiere un aire diferente con el cambio de ademanes y su tono solemne de voz.)

¡Os habla un nuevo Eduardo! ¡Os habla el Rey Eduardo segundo de Inglaterra!

(El SOLDADO 1 deja un momento la lanza en el suelo y cogiendo el manto de un maniquí se lo pone sobre los hombros a EDUARDO. Después vuelve a montar la guardia.)

Lo que haré... ya tuve que hacerlo antes, es verdad, pero lo haré desde este mismo instante. Eduardo, legítimo señor y soberano vuestro os promete... **(Se interrumpe. En tono coloquial reflexiona sobre la conducta que va a seguir.)** No les hablaré de condiciones. He cambiado de propósito. Cuando esté ante ellos han de comprender que en el Rey Eduardo que están viendo se concentra todo el poder por derecho divino...

(Poco a poco se va fraguando en su cabeza la idea de que está realmente en el parlamento. Pasea entre los maniqués que se siguen colocando, derribándolos sin querer unas veces o arreglándoles algún detalle de su vestuario otras, sin dejar de pensar y sin acertar a expresar ordenadamente todo lo que pasa por su mente.)

Les llegará mi fuerza interior con mis primeras palabras. Quien no parece poderoso es que no es poderoso. **(Elevando el tono de su alocución.)** ¡Fuera de la Corte poetas libertinos, y fuera de la Corte los que con su ingenio nos amenizaban las horas! ¡Fuera también los músicos con sus instrumentos de cuerda! ¿Me oís vosotros? La música y la poesía ya no serán mi deleite. En su lugar la marcialidad y el rigor de la milicia. Habrá soldados. Sí, soldados con valor y aspereza en el trato. La fuerza en lugar de la inteligencia. Ya no más conversaciones, ni comedias y espectáculos gratos. ¡Soldados! Fuera los echadores de suertes y todo lo que Gaveston me habituó a necesitar. Se acabaron los bailes y los festines. ¡No más derroches en la Corte! ¡Soldados! Ni sátiros, ni cortesanos como ninfas para gozar con sus juegos. ¡Soldados! No habrá en la Corte de Eduardo mas que soldados. **(En este momento se encuentra frente al SOLDADO 1 y por un breve instante recupera el sentido de la realidad.)** Y en el Parlamento mis palabras se crearán.

SOLDADO 1.- ¿Borraréis también tan fácilmente el caos y la corrupción?

EDUARDO.- **(Tras una corta pausa.)** La miseria que trajo la guerra con sus muertes; tierras sin cultivar y

aldeas despobladas... **(Enérgico.)** Esa miseria y esa corrupción ya no existen en mi recuerdo; sí, las he borrado porque hablo de otro reino de Inglaterra en el que la paz y la abundancia se enseñorearán de pueblos y ciudades.

SOLDADO 1.- (Mientras EDUARDO se aleja y se meza con los maniqués.) Gobernar no es concebir deseos, sino llevarlos a la práctica. Y ya no tenéis tiempo, señor.

EDUARDO.- Es una tarea hacia el futuro, por eso digo: imágenes del pasado ¡esfumaos! **(Pausa.)** ¿Dije alguna vez lo contrario?

SOLDADO 1.- No saldréis jamás de aquí.

EDUARDO.- (Que ha vuelto a confundir realidad y pensamientos.) ¡Contratad hombres de armas! **(En tono más bajo.)** No hacerlo fue el error de Gaveston. **(Se sienta en el trono.)** ¡Traedme a los mejores estrategas! Llegaremos hasta el norte de Escocia. Buscad arqueros y caballeros con armaduras. ¡Quiero soldados que amen combatir! ¡Caballeros cuidado vuestras armas! Eduardo os necesita para que en las fronteras del Norte sus habitantes no vean sus casas quemadas y a sus viudas e hijos asesinados. No quiero veros adornados con los favores de las mujeres...

(Se levanta y despoja con rabia a algunos de los maniqués de sus lujosos atavíos.)

...ni llenos de vistosas lentejuelas.

(Los TRAMOYISTAS o en su caso los actores al tiempo que siguen colocando maniqués sobre el escenario intentan recomponer lo que EDUARDO altera.)

Mi memoria me trae el negro recuerdo de tierras empapadas de sangre y de trajes como éstos flotando en el Bannockburn porque sus dueños sólo supieron desfilar ante los escoceses antes de ser masacrados o de morir ahogados. Nadie hubiera dicho que perdí un ejército de diez mil ingleses y no de actores. Y quedé en manos de la nobleza, más fuerte que yo gracias a los escoceses y a las tierras pantanosas de Bannock Burn.

SOLDADO 1.- (Conecta el magnetófono. Voz grabada.) El Rey Eduardo dio ejemplo huyendo con peligro de ser muerto.

EDUARDO.- Quiero verdaderos soldados para que las murallas de York no vuelvan a tener delante a esos malditos del Norte. Hombres que peleen para que en los estrechos mares nuestros barcos... (Se interrumpe bruscamente al coger un maniquí sin cabeza y cambia el sentido de su discurso.) No te reconozco Thomas de Lancaster sin tu orgullosa cabeza...

(Los ACTORES-TRAMOYISTAS se despreocupan de los maniqués y acompañan a EDUARDO en sus movimientos por la escena.)

... ¿Dónde queda ahora tu insolencia? ¿De qué astucias se valieron los tuyos, con tu hermano Enrique al frente, para conseguir que tu tumba se haya convertido en lugar de peregrinos atraídos por cualidades humanas que nunca tuviste? (Zarandea al maniquí sin cabeza.) Tu buena fama me la debes a mí que acabé con tu vida a tus cuarenta y cuatro años. Jamás dicté sentencia tan justa y aún con todo y con eso, como estaba tachado de arbitrario, mi juicio sirvió para que el pueblo te ensalzara. ¿Qué decías cuando conspirabas contra mí y contra el Lord Canciller mi adorado Gaveston?

SOLDADO 1.- (Voz grabada.) Eduardo preocúpate de la rebelión. Tus guarniciones son derrotadas y maldicen tu nombre y el de Gaveston. Los libelos contra ti son repartidos por las calles de Londres y de tu derrocamiento se hacen rimas y baladas burlonas.

EDUARDO.- (Al maniquí.) Acabaste con la vida de mi mejor amigo y yo tuve que esperar diez años hasta enero de 1322 para vengarle. Boroughbridge. Pero mientras tanto «piadoso» Lancaster te impusiste como mi Consejero con derecho a vetar mis decisiones. Tú controlabas el Parlamento y te nombraste Lord Canciller. Pero después... después de Boroughbridge, ¿lo recuerdas? no tuve piedad y fuiste ejecutado. Y Warwick, y Badlesmere...

SOLDADO 1.- La situación presente no se parece en nada a la que estáis recordando, señor. La Historia no se repetirá esta vez.

EDUARDO.- ¿Qué estaba recordando?

SOLDADO 1.- Si os presentáis en el Parlamento iréis con las manos vacías. Sois prisionero de la Reina Isabel y de Mortimer.

EDUARDO.- ¿La Historia? ¿Qué me decías?

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Al SOLDADO.) Debería verlo un médico. Está febril.

SOLDADO 1.- ¿Crees que nos harían caso si lo pidiéramos?

EDUARDO.- (Sin prestar atención a lo que hablan.) Ya antes, a la muerte del rey mi padre, Lancaster quiso que Gaveston no volviese a Londres. ¿Cuántos años hace que murió mi padre?

SOLDADO 1.- Veinte años.

EDUARDO.- ¡Veinte años! He cogido el hilo de mi vida otra vez en el mismo punto. Otra vez mi memoria me traiciona y me lleva al Londres de hace veinte años. (Al SOLDADO.) Veo a Gaveston como te veo ahora a ti. Vuelvo a tenerlo vivo en mi cabeza. Es como si mi vida, cada vez que me distraigo tuviese que empezar a recordarla con el mismo comienzo. (Se sienta en el trono.) En el momento en que Gaveston llega a Londres reclamado por mí a la muerte del Rey mi padre que lo había desterrado. Es como si mi subconsciente quisiera advertirme de que olvido algo. ¿Qué no tengo que olvidar?

SOLDADO 1.- No podemos ayudaros.

(Los ACTORES-TRAMOYISTAS introducen unas plataformas sobre las que empiezan a cargar los maniqués.)

EDUARDO.- Me pierdo ante tantas... Se supone que puedo captar y relacionar ideas, pero ¿cómo hacerlo en estas circunstancias? Mi inteligencia está embotada. (Tras una pausa.) No debo desistir; alguna vez llegaré más lejos y mi situación presente se pondrá en marcha cuando comprenda lo que me pasa. (Dirigiéndose a uno de los ACTORES-TRAMOYISTAS.) ¡Lancaster!

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Creando que se dirige a él.) ¿Señor, me habéis llamado?

EDUARDO.- Solicitaste verme. ¿Qué querías?

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Coge el magnetófono del soldado y lo conecta. La voz grabada reproduce una imitación de las palabras de LANCASTER.) Muchos fuimos los que juramos a tu padre en su lecho de muerte, y la Iglesia lo apoyó, que ese maldito francés de Gaveston no volvería a pisar Londres. No quieras que seamos perjuros. ¿Por qué encolerizar a los que te aman y honran?

EDUARDO.- Por lo visto el juramento hecho a los muertos es más fuerte que el hecho a los vivos. ¿No soy el sucesor de mi padre? ¿No está el peso de su corona ahora sobre mis hombros y su cuerpo entregado a la tierra?

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Mira al SOLDADO 1 sin entender. Con su voz.) Así es.

EDUARDO.- Pues es mi voluntad que Peers de Gaveston regrese. Estoy esperando su llegada.

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Voz grabada como de LANCASTER. Se puede reproducir imitada por otro con cierta ironía.) Antes venderé mis condados de Derby, Salisbury, Lincoln y Leicester para levantar un ejército que impida a ese gascón permanecer en el Reino, que aceptar de buen grado la influencia que ejerce sobre ti.

EDUARDO.- ¿Creéis tener títulos de grandeza iguales a los míos que os atrevéis a imponerme vuestros criterios?

ACTOR-TRAMOYISTA.- (Voz grabada de algún noble del bando de LANCASTER.) Tú eres el representante de Dios en este Reino de Inglaterra para garantizar y proteger el orden de la vieja ley. Pero si te burlas de las reglas y de los valores sociales y religiosos, si cambias las jerarquías naturales sobre las que descansan todas las normas éticas, privilegios y derechos, si pretendes gobernar sólo con tu deseo y capricho, entonces tú eres el primero en faltar a tu juramento sagrado.

SOLDADO 1.- (Quitándole el magnetófono al ACTOR-TRAMOYISTA, se lo cuelga del cuello. Otra voz grabada e imitada.) Y es burla desplazarnos del lugar que nos corresponde a tu lado, para que lo ocupe alguien a quien tu padre había condenado.

EDUARDO.- ¡Marchaos de mi presencia! Mi desprecio saldrá con vosotros.

(Los ACTORES-TRAMOYISTAS salen arrastrando las plataformas llenas de maniqués. El SOLDADO 1 se aleja de EDUARDO y adopta una posición rígida.)

Gobernaré con la ayuda del noble y leal Peers de Gaveston.

GAVESTON.- (Entrando justo a tiempo para oír las palabras de EDUARDO, que sin embargo no lo advierte hasta que se lo encuentra delante del trono y arrodillado ante él.) Nunca creí que llegaría este día.

EDUARDO.- (Se levanta del trono y alza a su amigo abrazándolo.) ¿Por qué tendrías que arrodillarte? Abrazame Gav como yo te abrazo. ¿Acaso no sabes quién soy? Tu amigo...tú mismo, otro Gaveston que no Eduardo.

GAVESTON.- Nadie ha podido sufrir como yo he sufrido tu ausencia en el exilio.

EDUARDO.- Lo sé. ¡Bienvenido al hogar amigo mío! Desde ahora serás mi Gran Lord Chambelán y mi Primer Secretario de Estado, y te nombro Conde de Cornwall, dueño y señor de Man, y...

GAVESTON.- No sigas. No abrumes a mi persona con honores inmerecidos, y deja que la amistad se mantenga libre de intereses.

EDUARDO.- Tu valía supera lo que te doy. ¿Temes por tu persona? Tendrás una guardia. ¿Necesitas oro? Ve a mi tesorería. ¿Quieres ser amado y temido? Toma mi sello real, absuelve, condena y manda lo que tu inteligencia te dicte o lo que a ti te guste.

GAVESTON.- Me basta gozar de tu afecto y cariño, y mientras lo tenga me considero tan grande como jamás pudo soñar mortal alguno.

EDUARDO.- Governaremos juntos. Tu palabra y la mía se apoyarán la una en la otra y jamás se verán enfrentadas. Que sepan todos esos altaneros que se atrevieron a amenazarme que cuanto atares quedará atado y cuanto desatares quedará desatado en el reino de Eduardo.

GAVESTON.- Cuando desembarcamos interpreté como buen presagio que se me acercaran unos pobres soldados para ofrecerme sus servicios. Pero no eran hombres para mí.

EDUARDO.- ¿Por qué no eran hombres para ti?

GAVESTON.- Mis servidores tenían que servirte a ti, amable Rey, con la música, la poesía, la danza, y no con las armas. Tenían que tener conversación fluida y elegante y ser encantadores en apariencia. Los rechacé. No quiero a mi alrededor hombres de armas siempre ociosos y problemáticos, siempre peligrosos para un amo desarmado como yo aunque ya nada puedan hacerme, pues contando con tu amistad no necesito proteger mi cuerpo con cotas de malla. Aprendí en mi tierra que un soldado siempre es alguien que acaba queriendo ser dueño de sus actos.

EDUARDO.- ¿Los rechazaste con esas palabras?

GAVESTON.- Les prometí estudiar su oferta. Aquellos hombres se anticipaban a lo que me esperaba en Londres y no había que crearse enemigos.

(Por detrás de la tela negra la figura del OBISPO WALTER, agrandada con exagerada mitra, se desplaza con prisa.)

EDUARDO.- (Advirtiendo su presencia.) Mira qué ocasión nos depara la suerte para que puedas tomar cumplida venganza de tu exilio. **(Señala al OBISPO.)** Ahí está Walter de Langton, obispo de Lichfield y todavía tesorero real.

GAVESTON.- Sus ropajes eclesiásticos me obligan al respeto.

EDUARDO.- Nada te detenga ante un ser tan untuoso. **(Da unos pasos hacia el obispo.)** ¿A dónde va mi señor Obispo de Lichfield tan presuroso?

OBISPO WALTER.- (Sobre traje de soldado, capa pluvial, estola y mitra.) Los funerales de vuestro padre el rey Eduardo me reclaman.

(Sale de detrás de la tela negra y al ver a GAVESTON cambia de tono.)

A vuestro padre le juré que él **(Señala a GAVESTON.)** no regresaría de Francia.

EDUARDO.- Deja tranquilos a los muertos. Aferrarse al pasado puede traerle a tu presente malos tragos. **(A GAVESTON señalándole el trono.)** Siéntate, nos

divertiremos. Veremos qué tal gallo es (**Por el OBISPO.**) sin sus plumas.

OBISPO WALTER.- Mi voz volverá a escucharse en el Parlamento y gritaré tus perversas acciones. Diré que no sigues el ejemplo de tu padre y faltas al juramento de respetar las leyes y costumbres. Diré en el Parlamento que no cumples las obligaciones para con el pueblo despreciando la justicia y actuando sin rectitud. Haré que vuelvan a desterrar a vuestro Gaveston.

EDUARDO.- Es la segunda vez que me amenazan en el día. (**Adoptando aire solemne y a la vez de burla, dispuesto a seguir la broma que ha tramado.**) Está escrito: «Y aquél día alzaréis el grito a causa del Rey que vosotros escogisteis. Pero Yahveh no os atenderá entonces. Porque este será el derecho del monarca que ha de reinar sobre vosotros: Tomará vuestros hijos y los empleará en su carroza y en sus caballos... Tomará vuestras hijas como perfumeras, cocineras y panaderas... y se apoderará de vuestros campos, vuestros viñedos y vuestros olivares mejores, y los dará a sus servidores... exigirá el diezmo de vuestras sementeras y vuestras viñas... y cogerá vuestros siervos y siervas, vuestras mejores reses vacunas y vuestros asnos y los empleará para sus trabajos... y vosotros mismos seréis sus siervos. Alzaréis el grito y Yahveh no os atenderá». (**Ríe.**)

OBISPO WALTER.- (Replicándole.) Samuel 8.11. Y el pueblo negándose a atender la advertencia de Samuel dijo: «Un Rey ha de haber para que seamos como los demás pueblos y gobierne (**Recalcando las palabras.**) y pelee nuestros combates».

GAVESTON.- (Sentándose en el trono.) ¿A qué esperamos para cumplir con los vaticinios divinos?

EDUARDO.- (Autoritario.) ¡Dame tu estola!

(El OBISPO, temeroso, obedece. EDUARDO se acerca al trono y le coloca la estola a GAVESTON.)

Sé tú el señor Obispo de Lichfield y de Coventry... (**Con tono de burla.**) Yo te bendigo *in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. (**Pausa.**) Tuyas son sus rentas y sus bienes.

OBISPO WALTER.- Me quejaré al Papa en Avignon.

EDUARDO.- ¡La capa!

(Al observar que se resiste, se la arrebató a la fuerza y en el intento le despoja de sus vestimentas de soldado quedando el OBISPO en camisa. Mientras GAVESTON se pone la capa que le entrega EDUARDO, éste hace tres signos de la cruz con la mano.)

In nómine Patris... In nómine Patris... In nómine Patris... Ponte la estola encima. (GAVESTON lo hace.) ... et Filii et Spiritus Sancti... Yo te bendigo. (Al OBISPO.) Ahora la mitra. (Se repite el mismo juego.)

GAVESTON.- No me agradan estos ropajes, y espero no tener que parecer en adelante lo que no quiero ser.

EDUARDO.- Ya eres Lord Obispo de Lichfield y Coventry. **(Lo bendice haciendo con la mano varios signos de la cruz.)** Te encuentro gracioso. Haz que Langton te sirva como capellán y sírvete de él como quieras. Como ves, sin su andamiaje talar es bastante vulgar.

GAVESTON.- Y feo. Piernas torcidas y con exceso de vello.

EDUARDO.- Desnudémoslo y veamos el sexo de la Iglesia de Inglaterra.

OBISPO WALTER.- Por esta ofensa serás maldito por Dios. **(EDUARDO se detiene ante estas palabras.)**

GAVESTON.- Y tú, por tus insidias irás a la Torre, donde tú serás tu única riqueza.

EDUARDO.- Veremos allí tu arrogancia desbragada.

GAVESTON.- La prisión te proporcionará el martirio que necesitas para alcanzar la santidad. Atibórrate de ella, y agradece la ayuda que te prestamos.

OBISPO WALTER.- También vosotros seréis recompensados en esta vida, aunque de otro modo muy diferente, no lo dudéis.

EDUARDO.- *Sic transit gloria mundi.*

OBISPO WALTER.- La Iglesia entera se os vendrá encima cuando sepa cómo me habéis tratado y despojado.

GAVESTON.- De momento me conformo con que tu casa sea el primer anticipo a cuenta. ¿Para qué la quieres? ¿No predicáis la pobreza?

EDUARDO.- Sabemos que no hablas por ti, que todo es para mayor gloria de Dios. ¡Tanta dignidad ofendida en un sacerdote!

(Salen EDUARDO y GAVESTON riéndose y cogidos de la mano de la manera más natural. Al OBISPO se dirigen sus últimas palabras.)

El poder de Dios está en la otra vida, no en ésta.

OBISPO WALTER.- ¡Dios mismo está levantado en armas cuando se hace violencia a la Iglesia!

(Oscuro. Se oye durante un corto espacio de tiempo el ruido que produce el rebobinado de una cinta en el magnetófono. Cuando se ilumina de nuevo la escena, un CARCELERO con un manojo de llaves entra y se acerca al OBISPO que continúa vestido con la misma camisa. En la tarima no hay varillas ni sillón del trono.)

CARCELERO.- Tenéis que acompañarme.

OBISPO WALTER.- No es la hora todavía.

CARCELERO.- No se trata de vuestras necesidades. Mi orden es llevaros enseguida ante el Alcalde de la Torre.

OBISPO WALTER.- Permite pues que me prepare ya que me ha llegado el momento de rendir cuentas a Dios. **(Se arrodilla y se dispone a rezar.)**

CARCELERO.- (Intenta levantarlo.) Vamos, no temáis. Se rumorea que el Rey, el segundo Eduardo, tiene dificultades. Regresáis al Consejo Privado de su majestad.

OBISPO WALTER.- Mal tiene que marchar la recaudación de impuestos. **(Se incorpora.)** ¿Voy a salir con ésta...? **(Por su camisa.)**

CARCELERO.- Un escribano y criados de Palacio trajeron ropas y joyas; os podréis vestir en mi cuarto donde también encontraréis abundante comida, señoría. Después el Alcalde os facilitará cuanto necesitéis.

OBISPO WALTER.- ¿Son mis vestiduras de Obispo de la Iglesia?

CARCELERO.- Eso supongo, por el aire de ellas.

OBISPO WALTER.- ¿No eres capaz de reconocerlas? ¿Qué clase de cristiano eres?

CARCELERO.- Malo con toda seguridad si la bondad depende de que yo sepa cómo visten sus señorías. Aquí, y perdonadme, es difícil distinguir esas vanidades. Tendrían sus señorías que venir con más frecuencia... a esta casa.

OBISPO WALTER.- ¡Insolente! ¿A la dignidad la calificas de vanidad?

CARCELERO.- Perdone su señoría a este ignorante.

OBISPO WALTER.- Necesario será bajarte los humos. Si la Iglesia me recupera como pastor suyo, es mi deseo que me evitéis la visita al Alcalde.

CARCELERO.- Se le ordena que vos como Obispo de Lichfield y encargado de la Hacienda de la Corona, seáis conducido, con todos los honores de vuestro cargo, a presencia del Rey Eduardo segundo.

OBISPO WALTER.- ¿Qué hacer? Cinco años son muchos para contarlos desde una cárcel. ¿Debo olvidar los insultos y agravios y presentar la otra mejilla para salir con la cabeza alta? ¿Qué puedo si no esperar entonces de Eduardo que no sea avivar mi dolor? Nuevas burlas y daños me aguardarían. El bien de Inglaterra y de su grey me obligan...

CARCELERO.- Si vuestra señoría está dispuesta a perdonar, no dude.

OBISPO WALTER.- (Captando su intención.) Haré como que no te oigo.

CARCELERO.- No toméis a mal lo que sólo es torpeza en mí. Nadie pensaría que sois variable... en vuestra situación.

OBISPO WALTER.- Es el Rey el inconstante, ¿quieres decir eso?

CARCELERO.- (Iniciando la salida.) Las más de las veces nosotros no queremos decir lo que decimos.

(Salen los dos y nuevamente se hace el oscuro.)

Escena VI

Antes de que se ilumine el escenario el ruido del magnetófono rebobinando su cinta domina el oscuro. Con la luz, entran la Reina ISABEL y su doncella. La tarima está como en la escena anterior, y detrás de la tela negra un enorme recipiente que ISABEL utilizará como bañera.

ISABEL.- Enciende todos los velones.

DONCELLA.- Su majestad no soporta el olor a cera y aceite

ISABEL.- Haz lo que te digo. Trae mis más delicadas prendas y prepara un baño caliente; escoge un perfume suave entre los que traje de Francia.

DONCELLA.- El baño está preparado.

ISABEL.- Quiero absoluto silencio, y que nada ni nadie distraiga a Eduardo cuando atraviese esa puerta.

DONCELLA.- ¿Tan segura estáis de que el Rey vendrá esta noche? Estaba en Newcastle, a nueve millas.

ISABEL.- Vendrá. Esta pasada noche he tenido un sueño extraño y he creído encontrar en él buenos augurios.

DONCELLA.- No crea su majestad en esas cosas, son supersticiones.

ISABEL.- El médico y maestro Arnaldo me enseñó en Avignon, antes de mis nupcias con Eduardo, a interpretar los sueños. Fui mala aprendiendo, pero no son tonterías, no.

DONCELLA.- A mí me enseñaron que la interpretación de los sueños era creencia de infieles.

ISABEL.- El rey Felipe, mi padre, acusó a Arnaldo de herejía a pesar de la protección que le dispensaba el Papa Clemente, pero nada se le pudo probar.

DONCELLA.- No deis ocasión a que piensen, aunque sea por ignorancia, que la reina de Inglaterra cree en esas brujerías.

ISABEL.- No seas bruta. Los sueños son el medio por los que la providencia divina nos revela proféticamente lo que nos espera.

DONCELLA.- ¿Dios os va a decir cuándo viene el rey Eduardo a veros?

ISABEL.- ¡Ay, qué tonta! **(Empieza a desnudarse.)**

DONCELLA.- Para esos cuentos, sí. Soy tonta. Y lo seguiré siendo.

ISABEL.- ¡Bendita boba! Escucha mi sueño a ver si en esa dura cabeza cabe siquiera una brizna de sensatez. ¿Qué pensarías pues si yo te dijera que Arnaldo ha dicho que el mundo se acabará con este siglo?

DONCELLA.- ¿El fin del mundo? **(Pausa.)** No me lo digáis... mejor. Y contadme el sueño.

ISABEL.- (Riéndose empieza a contarle el sueño. Al hacerlo interrumpe la acción de desnudarse.) En mi sueño el Rey Eduardo me llevaba amorosamente en brazos en medio de una música de trompas y chirimías. Me llevaba sin esfuerzo, sin poner los pies en el suelo, a un trono elevado sobre nubes. Nos precedía un cardenal, en cuya mano refulgía una espada de ancha hoja, que de repente con un rápido movimiento me cortaba la cabeza sin derramar gota de sangre alguna al tiempo que Eduardo me sentaba con cuidado en el trono. Todo tenía un aire fantasmal y real a la vez. Mi cabeza rodaba a los pies del Rey, que siguió sin turbarse.

DONCELLA.- ¡Qué horror! ¡Jesús qué sueño!

ISABEL.- El cardenal le entregaba a Eduardo mi cabeza puesta sobre una reluciente bandeja de oro y al tomarla, a sus pies crecía de manera vertiginosa un espléndido abedul lleno de hojas, pero con las ramas...

DONCELLA.- El abedul no echa hojas hasta abril.

ISABEL.- (Desecha con un gesto su observación.) Tenía las ramas del espino, pero en vez de flores blancas, eran rojas y amarillas. Se hizo tan grande que ocultaba la visión de mi esposo, el Rey.

DONCELLA.- ¿Cómo interpretáis tantas cosas extrañas? El espino es el árbol de mayo, un mes infausto para el casamiento.

ISABEL.- ¿Eres tú la que me hablabas de supersticiones? Todavía no he terminado de contarte el sueño. El abedul seguía creciendo e hincaba sus raíces sobre el trono de Inglaterra hasta destruirlo.

DONCELLA.- ¿Y vuestro cuerpo?

ISABEL.- ¿El mío? (**Continúa desnudándose.**) Lo curioso es que era yo la espectadora... (**Se interrumpe y queda pensativa.**)

DONCELLA.- ¿Y bien? (**Antes de que le conteste.**) Su majestad tuvo pesadillas.

ISABEL.- Las tuve por algo. (**Recupera el hilo de lo que pensaba.**) Era la espectadora y era el mismo abedul. El comienzo para Eduardo estaba en mí. No fue fácil captar el sentido.

DONCELLA.- No lo tiene, son disparates.

ISABEL.- Finalmente lo encontré. En mi relación con mi esposo el acto carnal es lícito y bueno porque a él mueve e inclina la naturaleza nuestros instintos, domeñados y sujetos a la razón...

DONCELLA.- ¡Jesús, señora!

ISABEL.- ¿Qué dije?

DONCELLA.- (**Evasiva.**) Las flores rojas de vuestro abedul... El color rojo es la muerte. Las viejas de la aldea dicen que el espino es...

ISABEL.- No quiero saber lo que dicen tus viejas del espino. Y no te evadas hablándome de colores. ¿Qué dije que te asustó?

DONCELLA.- Vos lo sabéis mejor que yo. Con todo mi respeto, lo... (**Duda.**)

ISABEL.- Dije cosas que pensaba mezcladas con otras que no. Quiero saber lo que tú has entendido. Tienes mi autorización para hablarme con franqueza.

DONCELLA.- Vuestra manera de hablar estuvo más cerca de la taberna que de una reina cristiana.

ISABEL.- (**Molesta.**) Porque te di licencia... (**Tras una pausa.**) Creí haberte dicho que no era tan experta como Arnoldo, pero a ti sólo te preocupó... (**Cambia.**) ¿Compartiste tu cama con alguien? (**La doncella baja la cabeza.**) Seguro que eres de las que se escandalizan más de las palabras que de los hechos. En mi matrimonio no hubo hasta hoy más que ceremonias. (**Se dirige hacia la bañera.**) Viví el sueño con tal intensidad que no puede haber otra explicación que la de que Eduardo viene a mis brazos.

DONCELLA.- Pobre señora mía. Se os va a enfriar el agua. (**ISABEL riéndose detrás de la tela acaba de desnudarse.**) ¿Por qué os reís?

ISABEL.- No lo sé.

(La doncella sale de escena mientras con la ayuda de un punto de luz se transparenta a través de la tela negra el baño de ISABEL durante unos instantes para hacerse el oscuro a continuación.

Sobre el oscuro, ruido de la lluvia que cae sobre los tejadillos y objetos del patio al que suponemos da la celda de EDUARDO en el castillo de Killingworth. De vez en cuando -sin que en el texto se vuelva a indicar- el resplandor de un relámpago ilumina intensamente la escena; poco después el trueno llega con más o menos retraso dando a entender con ello que la descarga eléctrica se produjo lejos o cerca del castillo. Cuando se ilumine de nuevo el espacio escénico, sentado sobre la tarima EDUARDO absorbo por la tormenta, no ve como la reina ISABEL sale del baño, coge el manajo de llaves del CARCELERO -el SOLDADO 1- y se le acerca desnuda. En la realidad el personaje es el SOLDADO 1, pero para la mente de EDUARDO se tratará de la imagen de ISABEL con la voz del GUARDIÁN. Las varillas en la tarima sugieren la celda del rey.)

EDUARDO.- (Reconoce al carcelero por el ruido de las llaves y le habla sin mirarlo.) Una tormenta como ésta, que comenzó por la tarde y duró toda la noche siguiente, me trae a la memoria hechos de hace... (Calculando.) dieciséis... dieciocho... años. De mil trescientos ocho.

ISABEL.- (Como CARCELERO hasta que se indique.) Tuvo que pasar algo muy grande para que al cabo de tanto tiempo y con las tormentas que han caído sobre estas tierras, sigáis con ella en la cabeza. Esta de hoy también es para no olvidar. Falta hacía que lloviese.

EDUARDO.- Se perdieron cosechas y hubo inundaciones. Cuando llueve como ahora me acuerdo de la boda de Gaveston con mi sobrina y de la mía con Isabel de unos meses más tarde. Es raro que determinados hechos de mi vida vayan siempre unidos a fenómenos del espacio celeste. Aunque la tormenta y el matrimonio sean fácil y tontamente relacionados, me sucede también con casi todo lo que hago.

ISABEL.- (Se coloca por primera vez frente a EDUARDO.) A mí me pasa algo parecido cuando acabo de comer bien. (Ante la cara de asombro de

EDUARDO por estar viendo a ISABEL desnuda en vez de al CARCELERO con quien creía hablar.) ¿Os ocurre algo? (EDUARDO no le contesta y sigue hablando.) Tuve una vez una mujer con la que fui feliz dos años, pues bien, cuando como bien siempre creo estar viéndola delante de mí. Era hermosa y fresca, señor.

EDUARDO.- ¿Quién eres tú?

ISABEL.- ¡Quién voy a ser! El soldado Stephen Barr en funciones de carcelero.

EDUARDO.- (Trata de apartar la mirada.) Supongo que es el cansancio lo que me hace veros... Se me pasará enseguida. (Queriendo recuperar la conversación que antes mantenía.) Es normal que se produzcan asociaciones de ciertos acontecimientos con recuerdos... (El cuerpo desnudo de ISABEL le impide concentrar su atención en lo que habla y no acierta a expresarse bien.) ... quiero decir que la imagen física sea más viva que... que... Que la lluvia... Que será normal.

ISABEL.- A mí es el cuerpo lleno. Cuando tengo el cuerpo lleno pienso en Betsy.

EDUARDO.- ¿Por qué la mente ha de escapar al dominio del propio hombre? No quiero ver a Isabel y sin embargo... (Apartando la mirada de ISABEL.) Me molesta ser esclavo de mi mente enferma. Estoy enfermo.

ISABEL.- Estáis mal alimentado, eso sí, pero bien.

EDUARDO.- (De espaldas.) Tú no eres tú para mí. Eres otra persona.

ISABEL.- Ya va siendo una costumbre en vos que me confundáis con terceros.

EDUARDO.- ¿Me ha pasado ya antes y te he dicho que? (Mira a ISABEL y rápidamente vuelve la cabeza.) ¡Dios mío!

ISABEL.- ¿Qué?

EDUARDO.- Sí, te lo habré dicho.

ISABEL.- Os recuerdo otra vez al Obispo de Winchester o al Obispo Langton.

EDUARDO.- ¡Walter Langton! Parece perseguirme también allá donde voy, pero no, no es a él a quien creo ver.

ISABEL.- Un hombre poco querido el Obispo.

(Se sienta al lado de EDUARDO cada vez más nervioso.)

Al menos me encontrarais otros parecidos...

EDUARDO.- Tenía necesidad de un zorro viejo como él para las finanzas de la Corona, y lo mandé sacar de la Torre.

ISABEL.- Primero lo encerráis y luego...

EDUARDO.- No quiero hablar de él, no me obligues.

ISABEL.- Lo que me importa a mí pues el eclesiástico es de ver.

EDUARDO.- (Recapacita.) ¿Es posible que sin yo saberlo ocupe Walter un lugar decisivo en mi vida? Pienso en Gaveston y surge él. Hablo de Isabel (**Mira a ISABEL y por primera vez no le afecta su desnudez.**) y su nombre aparece de inmediato. (**Recordando.**) En 1312 abandonaba la Torre por mandato mío. En 1312 apresaban a Gav los Lancaster, y en 1312 Isabel concebía a mi hijo Eduardo en el castillo de Tynemouth.

ISABEL.- No tienen por qué estar relacionados los tres hechos. ¿Encargasteis al obispo Langton que hiciera rogativas por un heredero a la corona inglesa?

EDUARDO.- Me sorprendes a veces. (**Fija su mirada en ISABEL.**) Te estoy viendo como vi a Isabel aquella noche en... Estaba... (**Se tapa los ojos y no se atreve a decir que estaba desnuda.**)

ISABEL.- (Intrigada.) ¿Estaba? ¿Dónde estaba? ¿Cómo estaba? ¿Qué estaba haciendo?

EDUARDO.- Salía del baño y parecía estar esperándome a pesar de que yo no le había dicho que iría a verla. Nunca hasta entonces me había dado cuenta de lo hermosa que podía ser Isabel. (**Su mirada recorre el cuerpo de ISABEL.**)

ISABEL.- ¿Después de tantos años casados?

EDUARDO.- Razón tienes en asombrarte. Su cuerpo era...

(Se levanta y sin dejar de observarla se coloca detrás de ISABEL, que empieza a parecerse más a ella misma que al CARCELERO.)

Su espalda me atrajo especialmente. Su cuerpo por detrás era armoniosos, como una hoja con nervadura ósea.

(Gira a su alrededor.)

Sus pechos redondos, firmes y...

(Se calla y se aleja de ISABEL.)

ISABEL.- (Se levanta y antes de que EDUARDO prosiga dice:) Cualquiera diría que la estáis viendo. (Inquieta no sabe qué hacer.)

EDUARDO.- (Sin mirarla.) Lancaster, Lincoln, Warwick y Gloucester se dirigían con sus ejércitos a Newcastle de donde salimos Gaveston y yo para refugiarnos en Tynemouth. **(Alejado de ISABEL vuelve a contemplarla admirado.)** Viéndola en el baño recordé enseguida la historia bíblica de Betsabé y sentí deseos de poseerla. Su piel suave y húmeda...

ISABEL.- Es lógico que el espíritu codicie la carne y la carne el espíritu.

EDUARDO.- Y me refugié en su seno. Había dejado de ser Isabel una razón de Estado, un asunto de gobierno. Después palmoteé sus mejillas y me colgué de su cuello y me dejé llevar por la sinceridad.

ISABEL.- Como el adolescente que descubre el amor e ignora que es más terrible la desnudez del alma que la del cuerpo.

EDUARDO.- Y le abrí mis pensamientos. **(Acercándose a ISABEL, le habla ya como si fuera ella en la realidad.)** Vine a Tynemouth con el ánimo de embarcar hacia Scarborough para alejarnos de Lancaster y los suyos, y tan pronto como tomemos tierra separarnos Gaveston y yo, para así dividir sus ejércitos.

ISABEL.- ¡Cuánto no haría Isabel por ti si la amaras!

EDUARDO.- Te tendría en mucha estima si consiguieras detener a nuestros perseguidores y los convencieras para que aceptasen a Gaveston. La noticia sería demasiado dulce para que pudiera ser verdad.

ISABEL.- ¿Me seguirías amando después de esta noche si lo hago?

EDUARDO.- Si así fuera, ¿qué no haría Eduardo?

ISABEL.- Por Gaveston, que no por Isabel. Piensas en él constantemente.

EDUARDO.- Por ti bella reina. Lo haría también por ti. **(La abraza.)** Si sintieras afecto por Gav, yo elegiría la mejor joya para tu cuello.

ISABEL.- No quiero más joyas que éstas. **(Le coge las manos a EDUARDO que a su vez besa las suyas.)** Tu beso revive a la pobre Isabel.

EDUARDO.- Deja que esto sea un segundo matrimonio entre tú y yo. Si el éxito te acompaña, podré gozar con tranquilidad de la amistad de Gav y de la tuya. Iré a buscarle para contarle nuestro proyecto y tu mediación.

ISABEL.- Espera, no te marches todavía. ¿Te importará que tu esposa para conseguir lo que me pides busque en otras manos, que no las tuyas, las caricias... **(No termina la frase temerosa de la crudeza de las palabras.)**

EDUARDO.- No me preocupa.

ISABEL.- Estoy confundida.

EDUARDO.- Hay muchas cosas que todavía son posibles entre los dos. ¿No lo has pensado?

(Le da la espalda a ISABEL, situación que ésta aprovecha para salir por detrás de la tela negra sin ser vista y para que su lugar lo ocupe el auténtico CARCELERO, el SOLDADO 1 llamado Stephen Barr, que en esta ocasión lleva solamente el manojó de llaves. Cuando EDUARDO se vuelve y ve al SOLDADO 1, se adueña rápidamente de la situación y con el tono narrativo de sus últimas palabras pone fin a sus confidencias.)

La había amado, y sin embargo me traicionó denunciando mis planes al ejército rebelde.

SOLDADO 1.- Las mujeres... **(E interrumpe al darse cuenta de que va a hablar de la reina ISABEL.)** ... bueno, pues que las mujeres... que no son igual que... quiero decir... **(Que con sus titubeos ha tenido tiempo para pensar que diga lo que diga a EDUARDO no tendrá consecuencias para él.)** Que tanto que anda buscando la razón de estar aquí encerrado, la acaba de

decir sin darse cuenta, si es que es la reina Isabel la que os traicionó.

EDUARDO.- Eres un simple. Si la Reina levanta un ejército contra mí y me tiene preso, no será por fidelidad a mí, ¿no crees?

SOLDADO 1.- Ya, eso quería decir.

EDUARDO.- Todos estos días me has oído como quien oye llover. **(Tras una larga pausa.)** Hay algo más cuyo sentido se me escapa. Hay en mi vida también como en la de Admete, piratas tirrenos de los que jamás he tenido noticias.

SOLDADO 1.- ¿Piratas Tirrenos? ¿Admete?

EDUARDO.- Es natural que no entiendas de qué hablo. Admete era la sacerdotisa encargada de la custodia de la estatua de la diosa Hera. Los piratas quisieron robar la estatua pero al final la dejaron abandonada en la playa ante la imposibilidad de cargarla en sus barcos. Cuando la sacerdotisa y los habitantes del lugar encontraron a la diosa, creyeron que la estatua se había desplazado por sí sola hasta la playa. Nunca supieron que era cosa de los piratas.

SOLDADO 1.- ¿Queréis decir que tampoco sabréis vos por qué os pasó lo... **(Duda.)** ... lo que os haya pasado?

EDUARDO.- Sí.

SOLDADO 1.- Pero, ¿cuándo?

EDUARDO.- No sé lo que me preguntas.

SOLDADO 1.- ¿Dónde os pasó eso que buscáis explicaros?

EDUARDO.- No lo sé.

SOLDADO 1.- A la... **(No recuerda el nombre y duda antes de decir otro que se le parece.)** ... a la «Mete» le robaron una estatua. ¿Y a vos? ¿Qué es lo que tratáis de recordar?

EDUARDO.- Tampoco lo sé.

SOLDADO 1.- ¿No sabéis cuándo, ni qué, ni por qué ni tampoco dónde?

EDUARDO.- Es lo que estoy intentando conocer removiendo mi pasado. ¿Por qué a uno su manera de conducirse le es favorable y a otro esa misma le condena y deja postrado?

SOLDADO 1.- Pues lo tenéis difícil si no creéis en el azar.

EDUARDO.- Ha de haber en mi vida hechos que expliquen mi infortunio.

SOLDADO 1.- A lo mejor son todos, y no uno solamente.

EDUARDO.- Mi destino cambiará cuando lo averigüe.

SOLDADO 1.- ¡Qué sé yo! Sobre poco más o menos se conoce que si hubierais puesto rumbo a Harwich en vez de a Scarborough, pues las cosas os habrían ido de modo diferente. Y si no os refugiáis en el monasterio de Neith pues también. ¿No es eso en resumen?

EDUARDO.- No estás educado para sutilezas. Se te ve al primer golpe de vista. Las palabras para ti son piedras arrojadas y no materia para tallar o esculpir. Te creí más preciso.

SOLDADO 1.- Burlaos lo que queráis de mi oficio, pero me aguarda mejor futuro que a vos. Y no vivo en sueños, ni siquiera envidia vuestro pasado real pese a lo que os haya podido decir para animaros.

EDUARDO.- Soy y seré Eduardo segundo. (**Ofendido por las palabras del SOLDADO.**) O incluso Eduardo tercero de Inglaterra. Soy todavía y mientras viva...

SOLDADO 1.- No seréis nada. No sois nada. Entre lo que fue su majestad y lo que es aquí, hay un abismo. A ver si me explico: Dos personas distintas.

EDUARDO.- (**Afectado.**) Quizá... desde la persona que soy en este momento esté intentando reconstruirme un pasado también diferente del que tuve.

(EDUARDO pasea nervioso en silencio.)

SOLDADO 1.- (**Tras una pausa.**) La tormenta se aleja, pronto dejará de llover. En esta ocasión el agua viene bien a los campos; se podrá sembrar. No creo que haya inundaciones como las de aquel año de 1308. (**EDUARDO no le presta atención.**) El aire es fuerte y arrastra las nubes hacia el Sur.

EDUARDO.- (**Hablando más para sí que para el CARCELERO.**) La multitud me aclamaba con entusiasmo como Rey de Inglaterra.

SOLDADO 1.- El poderoso y querido Rey volvía casado con Isabel de Valois e iban a ser coronados los dos en Westminster. La lluvia deslució los actos. (**Tras una pausa.**) Con la humedad, este frío se le mete a uno en los huesos.

EDUARDO.- Si yo creía que debía hacer lo que hice, ¿se me puede censurar por no pensar otra cosa? ¿Responde el hombre de su pensamiento? ¿O es que debe responder el Rey de lo que hacen sus súbditos? Aristóteles decía... (**Con cierto desprecio.**) ¿Sabes tú quién era Aristóteles?

SOLDADO 1.- No, señor.

EDUARDO.- ...decía que la ciencia del señor consiste en saber mandar lo que los esclavos deben saber hacer. (**Pausa.**) ¿De qué debo arrepentirme? ¿De saquear las ciudades de mis enemigos, y en ocasiones las propias porque no se avenían mis súbditos a pagar los impuestos? No soy responsable. ¿O sí lo soy?

SOLDADO 1.- Vuestra mala suerte es estar aquí, si no, no tendríais que responder de gobernar como gobernasteis. (**Por la cara de EDUARDO.**) No es que os juzgue.

EDUARDO.- ¡Qué sabes tú!

SOLDADO 1.- Poca cosa.

EDUARDO.- (**Ensimismado.**) Jamás se me ocurrió que podía actuar de otro modo y... que un día dejaría de pensar como Rey... un día que no fuera el de mi muerte, para pensar... ¿Como qué? ¿Como antes de ser coronado? ¡Solamente sé ser Rey de Inglaterra!

(**Sale de escena. El SOLDADO 1 retira las varillas y guarda las llaves. Entra la doncella y tomándolo por un criado le ordena con un gesto que se vaya. Poco después entra ISABEL vestida con un largo y ancho manto.**)

DONCELLA.- ¿Qué ha pasado? Su majestad no parecía contenta. Le vi salir...

ISABEL.- No he visto a los servidores.

DONCELLA.- Acabo de despedir al último.

ISABEL.- La pasión de Eduardo por su amigo le impide ocuparse de nadie más. En su mente no hay lugar más que para el caballero gascón Peers de Gaveston.

DONCELLA.- Señora, no os aflijáis por el caprichoso humor del Rey Eduardo. Esperad... ¿Quién sabe? Con la madurez de los años volverá a vuestros brazos.

ISABEL.- ¿A los brazos de una adúltera?

DONCELLA.- ¿Qué?

ISABEL.- Es lo que mi esposo quiere que sea después de esta noche. Y me dijo: mi agradecimiento para contigo no se agotará con regalos.

DONCELLA.- ¿Os burláis de mí? **(Tras un largo silencio.)** No puedo creerlo.

ISABEL.- Y me deseó éxito en la misión que me encomendaba. Al levantarse de la cama me dijo también que no veía belleza en que se me hinche el vientre y la cintura, y en que mis pechos se agranden y mis piernas y caderas soporten con dificultad el peso de carnes grávidas...

DONCELLA.- ¿Qué mujer no desea la maternidad? El pueblo y la Corona inglesa reclaman...

ISABEL.- **(Sin dejar que termine la doncella.)** Me toma una noche y al clarear el día sólo ve en mí mercancía para cambiar por el favor de sus enemigos.

DONCELLA.- **(Intentando distraer a ISABEL de sus preocupaciones.)** Aunque he despedido a los criados de la puerta, mandaré a otros que nos sirvan unos deliciosos platos.

ISABEL.- No me hables de comida.

DONCELLA.- Debéis procurar...

ISABEL.- Debo... debo... debo. No son palabras sensatas lo que espero oír en este momento, ni quiero hablar de comidas cuando he sido insultada y despreciada. ¿Qué he de hacer para no ser a partir de ahora condenada a suspirar y a malgastar mi cuerpo en continuos lamentos? **(Decidida.)** Libraré al reino inglés de Gaveston. Sus enemigos sabrán por mí el destino de las naves y no caerán en el engaño.

(ISABEL y la DONCELLA salen de escena por un lateral cruzándose con el SOLDADO 1 y el personaje

de ARISTÓTELES, con túnica griega, que entran charlando.)

ARISTÓTELES.- La injusticia, el miedo y el desprecio han sido casi siempre causa de conspiraciones de los súbditos contra los monarcas. Sin embargo, la injusticia las ha causado con menos frecuencia que el insulto y el desprecio. Se tolera el desprecio de un igual, no el del poderoso.

SOLDADO 1.- Amigo Aristóteles, si quieres que tus enseñanzas no caigan en terreno baldío, apliquemos el método y reduzcamos pues Estagirita, lo compuesto a las más pequeñas partes del conjunto.

(Salen por el otro lateral.)

Escena VII

La tela negra recogida en un extremo. La escena sin decoración alguna. Ruido de varios magnetófonos funcionando a la vez y sin que palabra alguna llegue con claridad al espectador. Con la entrada del PRECEPTOR y el JOVEN EDUARDO cesa el estrépito.

JOVEN EDUARDO.- ¿Cómo me has dicho que se llamaba ese noble?

PRECEPTOR.- El señor de Langollen.

JOVEN EDUARDO.- Su nombre.

PRECEPTOR.- Franz de Langollen y Augkwich.

JOVEN EDUARDO.- Te has inventado su nombre. Me estás engañando y todo es mentira. Nunca hubo un Franz de Langollen y Augkwich.

PRECEPTOR.- Existió. Hace muchos años, muchos. Y aunque fuera mentira en algún detalle, la historia de Langollen forma parte de la vida y tradición de nuestros pueblos. Es una cultura histórica transmitida oralmente de padres a hijos.

JOVEN EDUARDO.- Eres un maestro mentiroso.

PRECEPTOR.- A mí me la contó mi abuelo cuando yo era como tú.

JOVEN EDUARDO.- ¿Los abuelos no cuentan mentiras? No conocí a mi abuelo Eduardo y mi padre no me habló casi de él; estuve poco con el Rey mi padre. Pronto voy a verlo.

PRECEPTOR.- Tu abuelo Eduardo primero fue un gran Rey, y jamás contó una mentira.

JOVEN EDUARDO.- Cuando mi padre sea abuelo, tampoco, ¿verdad?

PRECEPTOR.- El Rey Eduardo es... será también un gran abuelo.

JOVEN EDUARDO.- ¿Lo dices porque los reyes son buenos siempre? Yo también seré bueno entonces. Como mi padre y mi abuelo.

PRECEPTOR.- Los tres tenéis un físico parecido.

JOVEN EDUARDO.- ¿Sabes qué me gustaría de mayor si heredo la corona? Me gustaría que de mí dijese las historias que cuenten los abuelos a sus nietos que yo fui un rey bueno que jamás quiso otra cosa que la tranquilidad y la paz, y que gobernó con la ayuda de sus amigos... porque tú eres amigo mío... y que cuando subía los escalones del trono no pensaba que estaba por encima de los demás.

PRECEPTOR.- Difícil será que gobiernes con esos propósitos, que te honran por otra parte.

JOVEN EDUARDO.- Encerraré en la Torre a los que engañen y mientan.

PRECEPTOR.- (Que adivina su intención.) Si vas a quedarte más tranquilo estoy dispuesto a decirte que es mentira la historia de Franz. Pero sólo porque tú quieres que te lo diga.

JOVEN EDUARDO.- Es imposible que se pueda estar días y días combatiendo sin parar. ¿Cuándo comían y hacían sus necesidades?

PRECEPTOR.- La cuantiosa riqueza de Franz de Langollen bien lo merecía. Sus herederos así lo pensaban y no querían descansar ni para comer, ni para dormir, ni para nada.

JOVEN EDUARDO.- Cuéntamelo otra vez. Me gusta oírlo, aunque no me lo crea.

PRECEPTOR.- Acabo de hacerlo. Mañana.

JOVEN EDUARDO.- Ahora, quiero que me lo cuentes ahora.

PRECEPTOR.- (Resignado y con cierta desgana.) Está bien. Cuando los herederos del difunto señor de Langollen se reunieron en su castillo para celebrar sus exequias se encontraron con un extraño y fantástico destino por delante. Toda la inmensa fortuna de Franza de Langollen y Augkwich sería para uno sólo de los diez herederos con derecho a sus bienes: aquél que lograra sobrevivir en el combate a muerte que entre sí celebraran todos ellos.

JOVEN EDUARDO.- No lo cuentas igual que antes, lo haces mal adrede. Describías a Franz siempre con cara de perro, de cuello corto y pronunciado abdomen. Piernicorto y manos sudorosas. Siempre acumulando riquezas.

PRECEPTOR.- Cuesta repetir un hecho con las mismas palabras y el mismo orden.

JOVEN EDUARDO.- Porque... **(Triunfal.)** ...no es verdad. Si fuera Historia lo harías. ¿Ves como son mentiras que te inventas cada vez?

PRECEPTOR.- (Con un gesto de displicencia.) En el torneo todas las armas eran válidas y no había reglas, aunque sí una única condición: El torneo, sin fijar su comienzo, tenía que terminar antes de que el cadáver se corrompiera. Si la condición no se cumplía, las propiedades de Langollen pasarían a poder de la Iglesia, y concretamente a poder del monasterio más cercano. La muerte de Franz de Langollen fue en el mes de julio, cuando el calor aprieta.

JOVEN EDUARDO.- ¿Cuánto tarda en descomponerse el cuerpo humano?

PRECEPTOR.- Depende de muchos factores.

JOVEN EDUARDO.- ¿Y el de un Rey?

PRECEPTOR.- Lo mismo. La duración es muy distinta si muere por enfermedad infecciosa o si muere de muerte natural. **(Continúa con el relato poniendo cada vez más entusiasmo.)** El heredero que no participase en la pelea a muerte renunciaba a todos los derechos que tuviese a la herencia.

JOVEN EDUARDO.- ¿Quién fue «la» primera en llegar?

PRECEPTOR.- (Sonríe viendo al JOVEN totalmente metido en el relato a pesar de que lo conoce.) Sí, sí. Su sobrina Margarita fue la primera en ceñir la espada y en esperar en el patio de armas la llegada de los demás, que ajenos todavía a lo que en el testamento se determinaba demoraban su presencia en las exequias por la aversión que hacia el testador sentían.

JOVEN EDUARDO.- Sigue, sigue, no te detengas. Pero no creas que me engañas. Las mujeres no saben pelear.

PRECEPTOR.- Todo estaba permitido menos ayudarse o apoyarse uno en otro para acabar con un tercero o con todos los demás y así librar el combate final sólo los aliados. Era obligatorio el todos contra todos.

JOVEN EDUARDO.- ¿Podían matarse por la espalda y a traición?

PRECEPTOR.- Sí, todo valía. Cuando por fin llegaron los demás herederos, empezó el feroz combate contra el tiempo que todo lo consume y corrompe en el patio de armas del castillo. Ninguno de los diez renunció a la herencia.

JOVEN EDUARDO.- Antes colocaron el cadáver del Langollen en otro lugar de la fortaleza.

PRECEPTOR.- No sé por qué quieres que te repita lo que tan bien conoces.

JOVEN EDUARDO.- (Impaciente.) ¿Qué dependencia era la más fresca?

PRECEPTOR.- Uno de los torreones del castillo al que el sol no daba en todo el día. Allí depositaron su cuerpo confiando con ello poder mantenerlo más tiempo incorrupto. Los frailes, por el contrario, rezaban en la capilla para que cuanto antes el hedor de Franz de Langollen y Augkwich fuese la señal que les permitiese interrumpir el torneo y aumentar sus dominios con nuevas posesiones.

JOVEN EDUARDO.- Y llegó la noche.

PRECEPTOR.- Y llegó la noche y de los diez herederos todavía ocho se mantenían en pie con fuerzas para seguir combatiendo. Y llegó la noche del día siguiente, y otro día después, y otro. Y los ocho seguían con saña dando y recibiendo golpes de espada. Al cuarto día por la noche detuvieron la pelea requeridos por un fraile impaciente, para comprobar que el cuerpo del testador seguía incorrupto en contra de la pretensión del

religioso. Volvieron a la lucha y a la oración. Pasaban los días sin que las armas ni las plegarias llevaran a buen puerto sus deseos. Los combatientes apenas si podían levantar las espadas faltos de las fuerzas que con la sangre perdían. Solamente el afán de heredar el imperio de los Langollen les mantenía en pie.

JOVEN EDUARDO.- Los monjes eran más y podían relevarse.

PRECEPTOR.- A los ojos del mundo su avaricia tenía detrás la causa justa del bien de la orden monástica, y en última instancia el bien de la Iglesia y de Dios. Se disculpaba su ventaja.

JOVEN EDUARDO.- Nadie se puede creer que vivieran todavía ocho caballeros después de tantos días de combate.

PRECEPTOR.- Así era la verdad. Y no cejaban en su empeño por conseguir la herencia. El cadáver de Franz de Langollen, sin que nadie se lo explicase pues no era santo a los ojos de Dios, acabó momificándose y las gentes empezaron a acudir al lugar atraídas por el hecho; cruzaban el patio de armas del castillo donde los ocho familiares ya no se molestaban, convencidos en parte por el continuo peregrinaje, en interrumpir el combate para verificar que no olía a carroña, y un mucho para conseguir cuanto antes la propiedad de los bienes y riquezas por los que luchaban. Por las noches los eclesiásticos, desesperados, abandonando la vía especulativa de la oración recurrían a la acción. Se llegó a sospechar que inyectaban al cadáver determinados productos de su farmacia. Al principio los ocho «gladiadores» dormían con un ojo abierto, hasta que dejando de lado a los frailes decidieron dormir de noche y combatir de día. Pasaban los meses y los años sin que nadie se ocupase de los bienes, y, sin administración, empezaron a ser saqueados por los súbditos del condado. Franz de Langollen y Augkwich era una momia a la que se le empezaban a atribuir hechos extraordinarios y milagrosos.

JOVEN EDUARDO.- Eres un mentiroso Williams. Nadie te creería. Yo tampoco. Pienso preguntárselo a mi madre, pero cuando sea Rey prohibiré las guerras y los torneos. Y no habrá soldados en el Reino.

PRECEPTOR.- Tal como me lo contaron te lo cuento.

JOVEN EDUARDO.- ¿Qué ocurrió cuando se murieron todos?

PRECEPTOR.- No se murieron. Bueno mi abuelo jamás oyó a nadie que le contara que se murieran y él me lo contó así. Los nobles herederos siguieron peleando y los monjes siguieron rezando. Nada más.(TRAS UNA PAUSA.) Es de suponer que el tiempo se los tragase.

JOVEN EDUARDO.- ¿Eso qué quiere decir?

PRECEPTOR.- Pues que... **(Duda unos instantes.)** que... que las gentes se olvidaron de ellos.

JOVEN EDUARDO.- Yo no me habría olvidado.

PRECEPTOR.- Y seguirían... **(Se interrumpe.)** Se oyen voces. Alguien viene.

JOVEN EDUARDO.- Ocultémonos.

PRECEPTOR.- No es momento de juegos.

JOVEN EDUARDO.- (Disgustado.) Estoy cansado y tengo ganas de dejar en paz a los filósofos que me obligas a leer. No me importa si es o no es ilógico que de lo particular se llegue a lo general, ni tampoco que las leyes rectamente establecidas determinen por sí mismas todos los pormenores y dejen lo menos posible a los que juzgan.

(Arrastrando al PRECEPTOR a esconderse de la vista de los que llegan.)

¿Tú crees que me servirá de algo saber esas cosas? Escondámonos y oigamos lo que dicen.

PRECEPTOR.- (Dejándose llevar.) Demasiada juventud.

JOVEN EDUARDO.- Lo vas a estropear.

(Salen cuando entran ISABEL y MORTIMER. Historia y realidad presente comienzan a confluir en la vida de los Eduardos que aquí se cuenta. ISABEL y MORTIMER vienen hablando pero su conversación no se oye hasta que el ruido de los magnetófonos que comenzaron a funcionar con su aparición se interrumpa.)

MORTIMER.- Quieres dejarlo vivir. Y piensas tenerlo siempre en prisión. Siempre, es demasiado tiempo.

ISABEL.- La Providencia dirá.

MORTIMER.- Hagamos circular el rumor de que el prisionero quiso fugarse, y no nos faltarán amigos a quienes confiar una delicada misión.

ISABEL.- Esos amigos que comparten secretos son los peores enemigos, porque esperan riquezas y honores y se indignan al verlos en otros. Y si se les conceden a ellos provoca en los que los merecen recelos. Así unos y otros acaban pensando en la denuncia y en la venganza.

MORTIMER.- Eres maravillosa.

ISABEL.- Ya es hora de que empieces a comprender.

MORTIMER.- Mi apoyo no te faltará jamás.

ISABEL.- Mi fiel, dulce y querido amigo, Isabel podría vivir contigo para siempre.

MORTIMER.- Si tú me lo pides...

ISABEL.- Llegará el día. Dejémonos de charlas.

MORTIMER.- Tus palabras me dan fuerzas para realizar los más descabellados proyectos sin confiar en los brazos de otros.

ISABEL.- Deja de porfiar en lo mismo y haz que el Parlamento diga que es indigno, que gobernó mal, que llevó a Inglaterra a la miseria y a la guerra civil. Quiero declaraciones, declaraciones... un aluvión de declaraciones, cuantas más mejor, a las que no se les pueda oponer ninguna crítica formal. Esto último es muy importante.

MORTIMER.- Se hará como quieres. Y ojalá que la Providencia siga a nuestro lado y... no fallen tus cálculos.

ISABEL.- Si fallan, se abrirán otros caminos. **(Mientras salen.)** Veamos qué noticias nos trae ese Winchester.

(Entran el JOVEN EDUARDO y el PRECEPTOR.)

PRECEPTOR.- Se supone que no es ésta la enseñanza que debo darte. Escuchar conversaciones ajenas.

JOVEN EDUARDO.- (intranquilo.) ¿De quién hablaban?

PRECEPTOR.- Sé lo mismo que tú.

JOVEN EDUARDO.- Williams, ¿quién es el prisionero?

PRECEPTOR.- No mencionaron su nombre. Al menos no lo oí.

JOVEN EDUARDO.- Tú lo sabes. **(Sin esperar la réplica del PRECEPTOR.)** ¿Por qué tardan tanto en dejarme ver a mi padre? ¿Dónde está ahora?

PRECEPTOR.- Vámonos de aquí.

(Salen los dos de escena. Un TRAMOYISTA coloca el sillón del trono en la tarima y vuelven a entrar ISABEL y MORTIMER.)

ISABEL.- (Sentándose en el trono.) Olvidas que mi hijo es su hijo, y que todavía tiene los quince años por cumplir. Su vida y la que el destino me depara se fraguaron hace casi dieciséis años y no quisiera que ningún accidente nos marcara rumbos diferentes. Lo que me propones tendría esas consecuencias.

MORTIMER.- Hacerlo de otro modo supone correr riesgos.

ISABEL.- ¿Por qué?

MORTIMER.- Sería un error sentarse a esperar su muerte.

ISABEL.- ¿Es que puede el pueblo creer otra vez en Eduardo? ¿Cuántas decepciones han de sufrir para perder toda quimera de mudanza? ¿Qué magia tiene su poder real que hace posible tal actitud en los ciudadanos?

MORTIMER.- Olvidas que también tú volviste a sus brazos cuantas veces quiso Eduardo que lo hicieras. **(ISABEL no le replica y MORTIMER continúa.)** Todas las decisiones tienen su momento en el tiempo y es entonces cuando hay que tomarlas.

ISABEL.- El problema es acertar cuál es.

MORTIMER.- Ese es un riesgo que hay que asumir, aunque en este caso sería mínimo. Si Eduardo se persuade de que se comete con él una injusticia, no se dejará dominar por el hambre y el frío ni por penalidades semejantes, y se sobrepondrá a todo, y su cólera le hará sacar fuerzas de flaqueza para conspirar y no resignarse con su suerte.

ISABEL.- El pueblo inglés odia y desprecia a Eduardo.

MORTIMER.- El pueblo es cambiadizo. Su hermano Edmundo de Kent ha dejado de ser nuestro aliado... **(Pasea nervioso.)** ... le seguirán otros.

ISABEL.- ¿Por qué no te estás quieto y procuras no ponerme más nerviosa.

(MORTIMER se sienta en la tarima.)

MORTIMER.- Después de todo en tu mano está imaginar la reacción de tu esposo. ¿Quién mejor que tú puede conocerlo? Piensa.

ISABEL.- Después de dieciocho años de matrimonio tanto Eduardo como yo éramos incapaces de interpretarnos, de averiguar lo que el otro pensaba cuando hablaba. Somos dos perfectos extraños a pesar de los hijos que tuvimos en común.

MORTIMER.- Aquí llega por fin tu emisario, el obispo Winchester, con la respuesta de Eduardo...

(Se levanta de la tarima antes de que entre el OBISPO y se oye a través de los altavoces del teatro la siguiente grabación de la escena de *Ricardo II* de Shakespeare en la que el rey abdica de la corona de Inglaterra:)

Retiro de mi cabeza este peso abrumador. De mi mano, este cetro incómodo. De mi corazón este orgullo real. Lavo el óleo que me ha consagrado con mis propias lágrimas. Entrego mi corona con mis propias manos. Anulo mi poder sagrado con mi propia lengua. Aviento con mi propio hálito todos los juramentos de obediencia. Abjuro toda pompa y toda majestad. Abandono mis dominios, mis rentas, mis bienes. Niego mis actos, mis decretos, mis estatutos. ¡Dios perdone todas las violaciones de votos hechos ante mí!

OBISPO WINCHESTER.- (Ropajes eclesiásticos y porte de un príncipe de la Iglesia.) Majestad. **(Saluda a ISABEL.)**

ISABEL.- Estamos impacientes por oír las noticias que traes. Habla sin tardanza.

OBISPO WINCHESTER.- El rey Eduardo cede la corona y acepta acudir ante el Consejo de Londres para presentar en el Parlamento su renuncia en favor del duque de Aquitania, su hijo Eduardo.

ISABEL.- (Levantándose.) ¡Feliz noticia!

OBISPO WINCHESTER.- (Tímidamente.) Sin embargo hay...

ISABEL.- ¿Qué?

OBISPO WINCHESTER.- (Intimidado por el tono de ISABEL.) Está preocupado y quiere que se le conceda la oportunidad de... (Duda en continuar y se crea un embarazoso silencio sólo roto por las medias frases del obispo.) Quiere tener... Hacer que... El rey Eduardo...

ISABEL.- (Sin poderse contener.) Cuando no puede hacer nada es cuando le preocupa lo que puede hacer. Un loco no tendría un razonamiento tan curioso como el suyo.

OBISPO WINCHESTER.- (Preparándose el terreno.) Es un hombre acabado. Su mente y su cuerpo sufren el mismo proceso de destrucción. Saca únicamente energías de la... de la palabra, y no parece conocer su realidad presente.

ISABEL.- No estará tan acabado cuando pasan los días y las semanas por él.

OBISPO WINCHESTER.- La verdad es que inspira pena y compasión.

ISABEL.- (Enfadada.) ¿Pena por ese pródigo que se ha burlado de todos y de todo? ¿Pena del que ha despreciado la suerte de su familia y de sus súbditos? ¿Pena del que deliberadamente ha trastocado el orden de las cosas creadas por Dios para satisfacer sus propios caprichos?

OBISPO WINCHESTER.- Os sobran razones majestad, pero el rey Eduardo es ahora un hombre diferente.

MORTIMER.- Simula serlo esperando la oportunidad de vengarse.

OBISPO WINCHESTER.- (Le contesta con desgana.) Es posible. Es difícil juzgar las interioridades humanas.

ISABEL.- He notado en ti un ligero cambio con respecto a mi esposo que quiero atribuir a tu condición eclesiástica inclinada al perdón.

OBISPO WINCHESTER.- Me hacéis injusticia pensando así. La dignidad que la Iglesia me ha conferido

no oscurece mi fidelidad a la Reina Isabel y al joven Eduardo, vuestro hijo.

ISABEL.- Hay demasiado saber en ti. **(Tras una pausa.)** No quiero a mi lado filósofos ni poetas ingeniosos, sino personas con pasiones que se mezclen con los demás sin querer... **(Se interrumpe al caer en la cuenta de algo que dijo antes el OBISPO.)** ¿Por qué Eduardo es diferente? Dijiste que era un hombre diferente.

OBISPO WINCHESTER.- (Cauto.) Para Eduardo el amor que profesó a Gaveston ya no es más que el resultado... ya no es más que el recuerdo de una normal relación amorosa. Su manera de derrochar el tesoro de la Corona: una política económica equivocada. Su desprecio de toda razón y la burla de los valores morales y religiosos: una influencia de los tiempos actuales de hambre y miseria donde los principios se oscurecen.

MORTIMER.- Muy cómodo. Ya no es él quien provocó con sus desaciertos esa hambre y miseria, sino otro que ya no existe.

OBISPO WINCHESTER.- Es la época en la que le tocó reinar. Los cambios climáticos... En el continente las monarquías pasan por las mismas situaciones. Los fríos acaban con las cosechas, y los impuestos y tasas empobrecen a las gentes. ¿Inventó Eduardo los impuestos? **(Ante las reacciones de ISABEL y MORTIMER.)** No, no estoy hablando por mi cuenta, sino repitiendo las palabras de Eduardo.

ISABEL.- Basta. No quiero oír nada más.

MORTIMER.- (Tajante a WINCHESTER.) ¡Retírate! **(WINCHESTER no se mueve. Intenta seguir hablando, pero un gesto de ISABEL se lo impide.)**

ISABEL.- (Sentándose en el trono.) Mortimer habló por mí. Él es el Lord Canciller; que sepan todos que cuanto Mortimer diga, lo dice por mí. **(A MORTIMER.)** Lo que atares quedará atado y lo que desatares desatado quedará en el reino de Inglaterra. **(A WINCHESTER.)** Hasta la mayoría de edad de mi hijo Eduardo, yo seré la Regente. **(A MORTIMER.)** Tu valía supera el poder que te doy. **(A WINCHESTER.)** ¿A qué esperas para marcharte?

OBISPO WINCHESTER.- Majestad. **(Inclina la cabeza y sale sin articular otra palabra.)**

MORTIMER.- No hizo falta que Winchester dijese qué pedía Eduardo a cambio. Pero quería que le concediéramos... Seguramente lo que le prometió a Eduardo para arrancarle su conformidad.

ISABEL.- Lo sabremos a su tiempo.

MORTIMER.- Dedicuémonos a preparar el día del coronación de Eduardo tercero de Inglaterra, para que Isabel y su fiel Mortimer puedan gobernar.

ISABEL.- (Se levanta.) Le comunicaré la nueva a mi hijo.

(Salen los dos. Oscuro. A través de varios altavoces, se oye un grito horroroso y estremecedor. El grito de alguien a quien someten a una tortura insoportable humanamente. Después un corto silencio que es roto por un coro de voces que desde la distancia repiten:.)

CORO DE VOCES.- «El Rey Eduardo ha muerto. ¡Viva el rey Eduardo!».

Epílogo

Sobre la tarima cuatro actores rodean los restos de una hoguera encendida para calentarse. Ninguna decoración.

STEPHEN BARR.- (Es el SOLDADO 1, que en la actualidad tiene cuarenta años y es un campesino que usa todavía restos de atuendo militar.) Es más dura la vida del soldado.

VIEJO PRIMERO.- (Campesino.) Es mucho más dura la vida del campesino.

VIEJO SEGUNDO.- (Campesino.) No vais a ponerlos de acuerdo. Al menos mientras deis por cierto lo que decís y no os expliquéis.

SOLDADO.- (En este personaje son más visibles las ropas militares que las de labriego, su actual oficio.) Habla tú.

VIEJO SEGUNDO.- ¿Yo? No sabría qué decir, jamás fui soldado.

STEPHEN BARR.- ¿Quieres dar a entender que estás con él? (Por el otro VIEJO.)

VIEJO SEGUNDO.- ¿Cómo voy a saber si es dura o no la vida del soldado si no he sido soldado?

STEPHEN BARR.- A ver si no tengo razón en decir que estás contra mí. Yo he sido las dos cosas, ¿por qué no me das la razón?

VIEJO SEGUNDO.- No es lo mismo nacer campesino como nosotros que elegir serlo a tus años, en que ya te conformas con cualquier cosa. La vida del campo es más dura para los jóvenes que para los viejos. Pero discute con éste (Por el VIEJO PRIMERO.) no conmigo.

STEPHEN BARR.- Es lo que hacía.

SOLDADO.- Stephen dejó las armas hace seis años porque no soportaba ser carcelero.

STEPHEN BARR.- (Molesto.) Nadie te dio vela en este entierro.

SOLDADO.- Estamos hablando todos, ¿no? Tú llevas tiempo escarbando terrones, no es de ayer, y puedes hablar con conocimiento.

STEPHEN BARR.- Ya diré yo lo que me convenga.

VIEJO PRIMERO.- Un carcelero no es un soldado. Yo hablaba de los soldados normales. (Al VIEJO SEGUNDO.) Por nada sería yo carcelero.

STEPHEN BARR.- A mí me lo mandaron. Ser soldado es hacer lo que te manden.

VIEJO PRIMERO.- No es justo que te manden hacer de carcelero si no quieres serlo.

VIEJO SEGUNDO.- (Al SOLDADO.) Ya que hablamos todos voy a opinar aunque... (Dirigiéndose a STEPHEN.) no entienda mucho, en lo de obedecer... te guste o no... estamos todos igual, soldados y campesino. (Al VIEJO PRIMERO.) No estoy contigo si lo que tú quieres es decir que...

VIEJO PRIMERO.- (Interrumpiéndole.) Digo que no es justo. Que no es justo. Nada más. Bueno, tampoco todos los soldados... a todos los soldados no les mandan hacer de carceleros.

STEPHEN BARR.- Justo o no, fui carcelero y no hice mal a nadie. ¿Que no me opuse? Bueno. ¿Cuándo los soldados han decidido sus destinos? ¿Empiezan las guerras los soldados? (**Largo silencio.**)

VIEJO SEGUNDO.- ¿Ayudabas a los presos? (**A todos.**) Estar encerrado es la peor de las desgracias. (**Mirando al VIEJO PRIMERO.**) Tuvo que pasar por ello.

STEPHEN BARR.- (**Al VIEJO SEGUNDO.**) Sólo había un preso, no era una cárcel corriente.

SOLDADO.- Estuvo en el castillo de Berkeley.

STEPHEN BARR.- (**Imperativo.**) ¿Cállate?

VIEJO PRIMERO.- Si tienes la conciencia limpia, ¿de qué tienes miedo?

VIEJO SEGUNDO.- (**Ante el silencio de STEPHEN.**) ¿Tienes miedo de algo o de alguien? ¿Por qué no le contestas?

STEPHEN BARR.- (**En tono amable.**) ¿Tengo obligación de hacerlo.

VIEJO PRIMERO.- (**Al VIEJO SEGUNDO.**) ¿No fue en el castillo de Berkeley donde murió el rey Eduardo?

SOLDADO.- Me extrañaba que no dijerais nada.

VIEJO PRIMERO.- ¿Y eras el único carcelero del castillo?

STEPHEN BARR.- Dije que había un sólo preso, no un carcelero.

SOLDADO.- ¡Y qué preso!

STEPHEN BARR.- (**Reconviene con la mirada al SOLDADO y añade fastidiado:.**) Sí, el Rey.

VIEJO PRIMERO.- ¡Fuiste carcelero del Rey Eduardo segundo! ¡Madre mía!

VIEJO SEGUNDO.- Se comprende ahora que tengas miedo a hablar siendo como eres un testigo con vida de... (**Con las manos expresa lo que no adierte a hacer con las palabras.**)

VIEJO PRIMERO.- Eres un testigo de la muerte del rey.

STEPHEN BARR.- No os metáis a pensar alocadamente y dejaos de cuentos. No estaría aquí hablando, si lo que pensáis fuera cierto.

VIEJO SEGUNDO.- (Al SOLDADO.) ¿Mataron al Rey Eduardo estando él de servicio en el castillo?

STEPHEN BARR.- (Al SOLDADO antes de que pueda contestar al VIEJO.) Seguro que te has ido de la lengua más veces. (Al VIEJO SEGUNDO.) Si tuviéramos que creer todas las invenciones que han circulado a propósito de...

VIEJO PRIMERO.- Que asesinaron a Eduardo no es ninguna invención de Helman (Señala al VIEJO SEGUNDO.) ni de nadie. Ni hizo falta que tu amigo (Por el SOLDADO.) fuera contando por ahí lo que sabe. Los nombres de Isabel y de Roger Mortimer están en la mente de los ciudadanos.

VIEJO SEGUNDO.- También hay quien dice que fue un Obispo el que dio instrucciones a los carceleros y que estos desaparecieron después de cumplirlas. (A STEPHEN.) Haces bien en no querer que hable.

STEPHEN BARR.- Te equivocas si crees que le reproché a mi amigo... (Cambia de idea.) Estando en el Castillo nadie nos ordenó cosa alguna por la que tuviéramos después que temer o que huir y ocultarnos. De... (Tras dudar.) De los asesinos del Rey sé lo que vosotros sabéis.

SOLDADO.- Y que tuvo una muerte espantosa.

STEPHEN BARR.- (Al SOLDADO con mirada entre la condescendencia y el reproche.) Peor aún.

VIEJO PRIMERO.- Muchos de los días que pasó en la prisión del castillo estuvo en el sumidero. Lo lavaban con aguas residuales y le daban carne podrida después que abdicó del trono.

STEPHEN BARR.- No digáis embustes. Yo lo hubiera sabido.

VIEJO PRIMERO.- No me los he inventado yo.

STEPHEN BARR.- No he querido ofenderte. También han llegado a mis oídos.

VIEJO SEGUNDO.- ¿No has dicho que eras su carcelero? Si tú no lo sabes... es que no pasaron así.

STEPHEN BARR.- Fui un carcelero entre muchos, no hago mas que repetirlo. Y carcelero, no verdugo. Los

últimos días de Eduardo se hicieron cargo de su custodia dos caballeros venidos de Londres.

SOLDADO.- Sir Thomas Gurney y John Travers.

STEPHEN BARR.- (Molesto por la indiscreción pero procurando que no se le note.) Gracias. Entonces no supimos quiénes eran.

SOLDADO.- (Interpretando mal a STEPHEN, sigue hablando.) Eduardo lo soportó todo sin quejarse... (Por la cara de STEPHEN.) Me lo dijiste tú, Stephen, no me lo niegues. (Ya embalado.) El Rey Eduardo era muy bueno y un rey muy instruido que componía versos mientras estuvo prisionero. Con la de cosas que le hicieron, jamás... Murió como un santo. (A STEPHEN entendiéndolo ahora.) Lo siento.

VIEJO SEGUNDO.- Hay quien cree que después de muerto se han realizado muchos milagros por su intercesión. Con su primo Thomas de Lancaster en Yorkshire pasó lo mismo. Se ve que son dones que se transmiten dentro de una misma familia.

VIEJO PRIMERO.- Lo que no comprendo es cómo alguien puede torturar y asesinar en frío a un hombre así. No sé si será verdad, pero Dios encamina siempre los pasos de esos tales hasta el mismo pie del patíbulo.

STEPHEN BARR.- ¿Qué es lo que tú sabes? Porque si todo es como lo del sumidero, aviados estamos.

VIEJO PRIMERO.- Lo ahogaron en la cloaca del castillo sujetándole encima una tabla gruesa que lo hundió en las aguas inmundas, aprovechándose del sueño y el cansancio del rey.

SOLDADO.- (Viendo que STEPHEN no se decide a hablar.) No sé qué ganas con dejar que se cuente de ese modo. (Decidido a afrontar el enfado de STEPHEN.) Le introdujeron en sus entrañas un trozo de hierro al rojo vivo. El grito de Eduardo se oyó en todo el castillo y la villa de Berkeley.

STEPHEN BARR.- (Vencido ya en su propósito de no hablar.) Todos los que oímos aquel grito de dolor sentimos la misma angustia y compasión por el buen rey. Nadie de la guardia del castillo lo vio. Pensamos que lo hicieron para no causarle ninguna herida exterior por la que pudieran ser acusados. Desde entonces, hace casi siete años, nunca había hablado de eso más que con éste (Por el SOLDADO.) porque le creía discreto a pesar de lo que había sido. (Al VIEJO SEGUNDO.) No sé si habrá hecho milagros después de muerto, pero yo volví dos

años más tarde disfrazado de mendigo hasta su tumba en Glocester, y mucha gente rezaba con fervor ante ella a pesar del terror que inspiraban Mortimer y sus partidarios. Si lo recordáis, aquel mismo año de 1329 habían ejecutado a Edmundo de Woodstoke conde de Kent, hermano del rey Eduardo y tío del actual, se dijo que por tener documentos comprometedores para Isabel y Mortimer.

SOLDADO.- Lo has contado y no se te ha tragado la tierra como creías. **(A los dos campesinos.)** Estaba convencido de que le ocurriría esa desgracia si faltaba al juramento que hizo antes de abandonar Berkeley.

STEPHEN BARR.- Sigo creyendo que romper un juramento no es bueno.

SOLDADO.- Yo que fui fraile antes que soldado sé que el juramento hecho por coacción no obliga. Y menos hecho a quienes ya llevan cuatro años en los infiernos.

VIEJO PRIMERO.- El cuatro no es buen número. No me gustan los pares.

SOLDADO.- Supersticiones. Es pura coincidencia que haga ahora cuatro años que decapitaron a Mortimer por orden del joven rey Eduardo.

VIEJO PRIMERO.- Y dicen que con la bendición del Papa.

SOLDADO.- La Iglesia concede con facilidad la protección divina. Bendicen si es preciso a los cuatro puntos cardinales... ¡Otra vez el cuatro! Tampoco le faltaron bendiciones a la reina Isabel.

VIEJO SEGUNDO.- (A STEPHEN.) En tu lugar también estaría amargado.

STEPHEN BARR.- Hasta en sueños me persiguen los recuerdos. Trasladábamos al Rey de Killingworth al castillo de Corfe, y de allí a Berkeley siempre durante la noche para que nadie supiese nunca donde estaba. La última vez que le vi ya no hablaba, parecía un cadáver viviente. Sus enormes ojos me miraban con fijeza desde sus cuencas diciéndome todo lo que su boca callaba.

VIEJO SEGUNDO.- Verás como ahora que has hablado te encuentras mejor. Dejar que los pensamientos te den vueltas por dentro no es bueno.

STEPHEN BARR.- Supongo que no seguiréis diciendo que la vida del campesino es más dura que la del soldado.

VIEJO PRIMERO.- Estás muy confundido; cada uno de nosotros ha tenido la vida que ha tenido, unos más desgraciada que otros. Aquí nadie más que tú ha contado nada de su vida. Para saber quién tiene razón hay que coger un soldado cualquiera y compararlo a un campesino. ¿No estoy en lo que estoy?

VIEJO SEGUNDO.- (A STEPHEN.) Lo tuyo ha sido duro para el alma, pero lo que es el cuerpo lo has tenido bien cuidado si le quitas quizá algún mal trago.

STEPHEN BARR.- Me da en la nariz que os habéis confabulado contra mí.

VIEJO PRIMERO.- No es un timbre de gloria ganarte la discusión, pero reconoce que algo de razón tendremos cuando los brazos del campo que pueden elegir, eligen mejor vida sirviendo en las filas del Rey Eduardo tercero que es un guerrero de éxito a lo que parece.

SOLDADO.- Y bueno, puedes asegurarlo. Ha derrotado a los escoceses en Halidon Hill, y no parará las guerras hasta coronarse también rey de Francia.

VIEJO PRIMERO.- Demasiadas guerras, aún para los mismos soldados.

VIEJO SEGUNDO.- Y mientras, nosotros que no servimos para otra cosa seguiremos pagando impuestos para llenar las arcas de la Hacienda, y pasando hambre «en paz y tranquilidad» en las tierras de nuestros mayores, para que otros monten batallas y peleas.

VIEJO PRIMERO.- Porque seguiremos siendo los mismos por más pobres que seamos.

VIEJO SEGUNDO.- Di mejor: mientras lo seamos.

(Oscuro final)